Verano

HENRY DAVID
THOREAU

Traducción de Natalia Barry

Verano

HENRY DAVID THOREAU

Traducción de Natalia Barry

Acerca de Henry David Thoreau

Henry David Thoreau nació en Concord, Massachusetts, Estados Unidos, el 12 de julio de 1817. Se graduó de Harvard en 1837 y volvió a Concord. En 1845, decidió vivir en contacto con la naturaleza y construyó una cabaña cerca del pantano de Walden, para llevar una vida sencilla y dedicarse completamente a escribir y observar la naturaleza.

Opositor acérrimo al régimen esclavista de Estados Unidos, en 1846 se negó a pagar impuestos y fue enviado a la cárcel. En 1849 escribió Desobediencia civil, texto que influyó notablemente en pensadores como Martin Luther King y Mahatma Gandhi. Murió en su pueblo natal el 6 de mayo de 1862, a causa de una tuberculosis.

Ediciones Godot publicó Una vida sin principios (2017), La noche y la luz de la Luna (2019) y ahora Primavera y Verano, en 2022.

Índice

Tapa

Copyright

Portada

Verano

Junio

Julio

Agosto

Hitos

Portada

Contenido principal

Índice

Colofón

Notas al pie

Portada

Lista de páginas

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

82

83

84

85

86

87

88

89

90

91

92

93

94

95

96

97

98

99

100

101

102

103

104

105

106

107

Página de legales

Thoreau, Henry David / Verano / Henry David Thoreau.–1a ed.–
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : EGodot Argentina, 2022. Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Natalia Barry.

ISBN 978-987-8928-28-9

1. Literatura Estadounidense. 2. Naturaleza. 3. Naturaleza en la Literatura. I. Barry, Natalia, trad. II. Título.

CDD 810

ISBN edición impresa: 978-987-8928-27-2

Traducción Natalia Barry

Corrección Loreana Vargas y Federico Juega Sicardi

Diseño de tapa y guardas Martín Bo

Diseño de interiores Víctor Malumián

Ilustración de Henry D. Thoreau Max Amici

© Ediciones Godot

www.edicionesgodot.com.ar

info@edicionesgodot.com.ar

Facebook.com/EdicionesGodot

Twitter.com/EdicionesGodot

Instagram.com/EdicionesGodot

YouTube.com/EdicionesGodot

Buenos Aires, Argentina, 2022

Verano

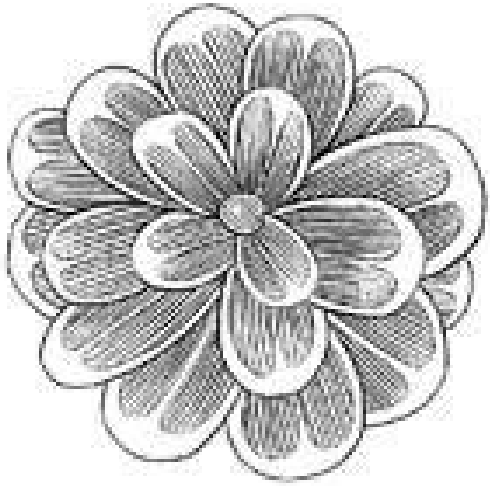
Henry D. Thoreau

Traducción y notas

Natalia Barry

Selección de

Peter Saint-André



Verano

JUNIO

EL VERANO YA LLEVA como una semana: las hojas se despliegan, hay sombra y hay días cálidos. Además, los campos cultivados están dando hojas[1]

, es decir, empiezan a aparecer el maíz y la papa. La mayoría de los árboles abrieron sus flores y van formando fruto. Los primeros frutos del bosque también están formándose, y los pájaros salen de sus cascarones. Los escarabajos y otros insectos aparecieron el primer atardecer cálido después de las lluvias.

Ya llegaron todas las aves y no vuelan más en bandadas. Ya no se oye el croar de las ranas hyla. En cambio, empiezan a mugir las ranas toro. Comienza a haber brumas espesas y extensas por la mañana. Las plantas crecen con rapidez: crecen y reverdecen[2]

. Han comenzado a labrar los campos con la azada (el 1 de junio). Ahora llega la estación del crecimiento. La primera floración del año terminó. ¿No comienzan ahora a tener cría los animales salvajes, y también los peces?

Las almohaditas de agallas sobre los robles blancos jóvenes en este momento son de las cosas más bellas del bosque, de apariencia algodonada blanca rústica, manchadas de tintes rojo o carmesí brillantes del lado que se ve. Llama la atención que una simple agalla, que inicialmente consideraríamos algo anormal, sea creada tan hermosa, como si fuese la flor del árbol; que una enfermedad, una excrecencia, pueda resultar, quizás, la belleza más grande, como la gota que origina la perla. Hermosos pecados color escarlata podrían ser. A través de nuestras tentaciones —y posiblemente, nuestras faltas— aparecen nuestras virtudes. De igual modo, en algunos personajes —más de uno, poeta— vemos esa belleza que hay en la agalla, que estaba destinada a brotar en una flor, sin obstáculos. Ese, sin embargo, es el logro del mundo. El poeta

atesora sus disgustos y lleva sus suspiros a la música. Esta agalla es la “Oda al abatimiento” del árbol. ¡Cuántas veces sucede que aquello que, en apariencia, es la fruta de un arbusto, su manzana, no es más que una agalla o un hongo de añublo! Cuántos hombres se cruzan con una ráfaga de aire en pleno crecimiento húmedo de juventud, y lo que tenía que ser una fruta dulce y sabrosa en ellos se convierte en mero soplido y excrecencia, en su carozo no madura una pepita, ¡y dicen haber experimentado la religión! Porque el endurecerse de la semilla es la crisis. El fruto de esos hombres es agalla, soplido, excrecencia, por falta de continencia y moderación. Hay tantas plantas que nunca llegan a madurar sus frutos.

Diarios, 1 de junio de 1853

En estos días, veo a caballeros y damas sentados en barcos anclados en las lagunas durante las tardes tranquilas, debajo de sus sombrillas, haciendo uso de la naturaleza, no siempre acumulando dinero. El granjero labrando con azada tiende a mirar con desprecio y orgullo al hombre que se queda sentado una tarde entera en un bote inmóvil, pero no se da cuenta de que el objeto de su propia labor quizás sea meramente el de añadir otro dólar a su pila de dinero, ni tampoco del grado de crueldad inhumana hacia su familia y sirvientes con que lo logra. Tiene a un irlandés o canadiense que trabajan para él cada mes; ¿y cuál es, posiblemente, la lección que les enseña con su ejemplo y precepto? ¿Acaso los hará más hombres a esos trabajadores? ¿O a esta tierra, algo más cercano al paraíso?

Diarios, 1 de junio de 1854

Cuando me despierto, escucho a los gorriones piar o gorjear con su tono bajo y universal, como la gota espumante en la superficie del día sin descorchar. ¡Placeres que se brindan solamente a quienes

llegan primero! Debemos degustar la primera copa del néctar del día si lo que deseamos es extraer todo lo espirituoso que tiene para ofrecernos.

Diarios, 2 de junio de 1853

El canto de los pájaros es más vivaz y parece adquirir un carácter nuevo; una estación nueva comienza.

Diarios, 4 de junio de 1857

Algo que distingue particularmente a esta estación, de lo que sucedía tres semanas atrás, es ese delicado y sereno tono subyacente, o esa canción de la tierra que suena cuando recorremos las orillas de los ríos y las laderas de las colinas donde brilla el sol, el canto de los grillos, que nos afecta tan favorablemente el pensamiento y nos imparte su propia serenidad. Es el momento de sacar nuestra filosofía al aire libre. Nuestros pensamientos se recuestan inconscientes en los pensamientos de este mar de sonido sereno y ondulante. En estos días somos, por primera vez, peripatéticos. Nuestros oídos ya no están en contacto con la tierra intrépida y vibrante, sino que por todas partes se reclinan sobre el almohadón del canto del grillo. Estos arroyitos que ondean desde cada ladera a la larga se vuelven un mar universal de sonido que nutre nuestros oídos cuando más inconscientes de ello estamos.

Diarios, 4 de junio de 1857

Podría decirse que ahora, cuando la mayoría de los árboles tienen las hojas extendidas por completo y el árbol del fresno negro se ve

prácticamente verde, ahora empezó la temporada de foliación.

Diarios, 4 de junio de 1860

La pregunta constante que nos formula la naturaleza es: “¿Eres virtuoso? Entonces puedes contemplarme”. La belleza, fragancia, música, dulzura y alegría en todas sus formas son para los virtuosos.

Diarios, 5 de junio de 1852

Vine a esta colina a ver la puesta del sol, a recuperar la cordura y a ponerme en relación con la Naturaleza otra vez. Deseo beber en sorbos la serenidad de la Naturaleza. Que la profundidad responda a lo profundo.

Diarios, 5 de junio de 1854

Estamos en junio: el mes de las hojas y la hierba. Los árboles caducifolios recubren a los perennifolios y revelan lo oscuros que son. Ya los álamos vuelven a temblar, y se me ofrece un nuevo verano. Me siento algo inquieto en el pensamiento, como si llegara demasiado tarde. Cada estación no es más que un punto infinitesimal. Tan pronto como llega, se va. No tiene duración. Simplemente, da un tono y matiz a mi pensamiento. Cada fenómeno anual es una reminiscencia y una incitación. Nuestros pensamientos y sentimientos responden a la revolución de las estaciones, como dos ruedas de engranaje que encajan entre sí. Interactuamos con un solo punto de contacto por vez[3]

, desde ahí recibimos una incitación y tomamos impulso, e instantáneamente pasamos a una nueva estación o punto de contacto. Un año está hecho de cierta serie y cantidad de sensaciones y pensamientos que tienen su lenguaje en la naturaleza. Ahora soy hielo, ahora soy hierba. Cada experiencia se reduce a un estado de ánimo mental.

Diarios, 6 de junio de 1857

No debe confiarse en lo más mínimo en mi practicidad. Sin duda, ando mayormente en dos piernas, pero ante la presión y terquedad de un sentido común tan superficial que siempre se acerca a las cosas por los caminos más habituales, me salgo de las casillas, como dice la frase, empiezo a ponerme trascendental y muestro dónde está mi corazón.

Diarios, 7 de junio de 1851

No hay más que un paso de la flor al fruto.

Diarios, 7 de junio de 1854

La vida dentro de nosotros es como el agua dentro del río; puede crecer este año hasta niveles nunca vistos e inundar las tierras altas —hasta podría ser este el año en que suceda— y ahogar todas nuestras ratas almizcleras.

Hay tantos estratos en los diferentes niveles de la vida como hojas en un libro. Cuando estamos en los niveles más altos, recordamos los más bajos, pero en los más bajos, no recordamos los más altos.

Diarios, 8 de junio de 1850

En su Exploración del Amazonas, Herndon afirma: “Lo que hace falta es una población activa y diligente que sepa de las comodidades de la vida y que tenga deseos artificiales; eso hará que se extraigan los grandiosos recursos del país”. Pero ¿cuáles son los “deseos artificiales” que deben alentarse y cuáles, los “grandiosos recursos” de un país? Desde ya que no serán el amor por lujos tales como las plantaciones de tabaco y los esclavos que caracterizan la tierra natal del autor, Virginia, o esa fertilidad del suelo que hace que se produzcan. El deseo principal es tener por siempre una vida de experiencias profundas —es decir, carácter— que por sí solas extraigan “los grandiosos recursos” de la Naturaleza. Cuando nuestros deseos dejan de ser mayormente superficiales y triviales, lo que por lo general se implica con la palabra artificial, y empiezan a ser deseos del carácter, los recursos grandiosos de un país comienzan a extraerse y a recaudarse impuestos con ellos, y el resultado, el producto básico que se obtiene, es poesía. ¿Acaso los “grandiosos recursos” de Virginia se extrajeron a causa de “deseos artificiales” que existen allí? ¿Fue esa región realmente diseñada por su Creador para producir esclavos y tabaco, o quizás hasta para algo más que hombres libres y alimento para hombres libres? Deseos del carácter, aspiraciones, es lo que hace falta; pero eso que se llama civilización no siempre los reemplaza por la improductiva sencillez del salvaje.

Diarios, 8 de junio de 1854

Hay algunos cúmulos grandes de nubes flotando por ahí con mejillas esponjosas y brillantes. Ahora noto el lugar en que el olmo queda a la sombra de una nube; las negras copas del olmo y las negras sombras de junio. Es una pestaña oscura que deja entrever un ojo centelleante. Sugiere casas que reposan a la sombra, el

descanso y la siesta de los mediodías veraniegos, la nube de tormenta, salir a nadar y todo lo que pertenece al verano. Estos velos se despliegan ahora aquí y allá en el poblado. Sugiere también el canto de los grillos, un sonido de junio que prácticamente recién comienza, que induce a la contemplación y a los pensamientos filosóficos. El sensual[4]

zumbido de los insectos.

Diarios, 9 de junio de 1856

En el jardín de Julius Smith, apareció hoy a media mañana una serpiente de cinta (así la llaman) corriendo de un lado al otro, y por la tarde encontraron que había cambiado de piel y que la había dejado a mitad de camino a la salida de un hueco, que posiblemente usó para esconderse. Andaba por ahí con su piel nueva. Varias criaturas —libélulas, etc., etc., etc.— cambian de piel en esta época. ¿No podré yo hacerlo también?

Diarios, 10 de junio de 1857

¡Ah! ¡Esa vida que yo conociera hace un tiempo! ¡Qué difícil es recordar lo más memorable! Recordamos lo que nos punza, pero no los latidos de nuestro corazón. A veces, puedo traer a la memoria la cualidad, la inmortalidad de mi vida de juventud, pero no puedo relacionarme con ella más que por la memoria.

Diarios, 11 de junio de 1851

No hay nadie, que yo sepa, que haya observado la diferencia de las estaciones minuto a minuto. No hay ni dos noches iguales entre sí. Las piedras no se sienten tibias esta noche, porque el aire está más tibio; tampoco la arena lo está particularmente. Un libro de las estaciones, cuyas páginas, cada una, debe escribirse en su propia estación y al aire libre, o en el propio lugar del que trata, cualquiera sea.

Diarios, 11 de junio de 1851

¿Qué hacer si sentimos un anhelo al que no responde ningún pecho? Camino solo. Mi corazón está colmado. Los sentimientos me impiden la corriente del pensamiento. Doy unos golpecitos en la tierra llamando a mi amigo. Espero encontrármelo de un momento a otro; pero no aparece nadie, y quizás nadie sueñe conmigo. Estoy cansado de la sociedad frívola, donde hacer silencio es siempre lo más natural y es señal de buenos modales. Desearía caminar sobre las aguas profundas, pero mis acompañantes no caminan más que sobre aguas bajas y charcos. Mi naturaleza es quedarme callado en medio de veinte personas día a día, año a año. Es raro que note su presencia. Dos yardas de amabilidad no hacen a la sociedad para mí. Hay un individuo que se queja de que no tolero sus bromas. Las toleré aún antes de que él haya terminado de hacerlas, y seguí mi camino. Hay un individuo que me habla de sus manzanas y peras; yo me retiro sin revelar mi secreto. No son sus manzanas las que me tientan.

Diarios, 11 de junio de 1855

El canto del zorzal del bosque responde a un vigor matinal fresco e inagotable en el oyente.

Diarios, 12 de junio de 1853

Todas las cosas de este mundo deben verse cuando las cubre el rocío de la mañana, deben verse con ojos de juventud, recién abiertos, ojos de esperanza.

Diarios, 13 de junio de 1852

Esta parece ser la verdadera hora para andar errando afuera, lejos de casa. Si los pensamientos ya se vuelven a casa, en cierto sentido la caminata terminó, uno queda en ese estado de ánimo que describe De Quincey: abierto a grandes impresiones, y podemos ver esas impresiones poco frecuentes con el lado inconsciente del ojo, las que antes no podían verse con una mirada directa. Entonces el rocío comienza a descender en tu mente y su atmósfera se filtra de toda impureza; y el hogar está más lejos que nunca. El hogar es aquí; la belleza del mundo deja su impresión en ti. Hay frescura en la mente como en un pozo de agua. La vida es demasiado grandiosa para pensar en la cena.

Diarios, 14 de junio de 1853

El propósito del trabajador no debería ser ganarse la vida, conseguir un buen empleo, sino desempeñarse bien en un trabajo determinado. Una ciudad debe pagar tan bien a los ingenieros que la construyen de modo que ellos jamás sientan que trabajan meramente por el fin de sustentarse, sino por un fin científico. No contrate usted al hombre que hace su trabajo por dinero, sino a aquel que lo hace por amor, y páguele bien.

Diarios, 15 de junio de 1852

Muy pronto las bidens (caléndulas) aparecerán en el río, como aparecen ahora las ranuncúleas. El fervor del verano se habrá sumergido en él. Los amarillos primaverales son pálidos, frescos, inocentes como el azafranado de la mañana, comparados con el resplandor del mediodía. Lo otoñal, creo yo, es fruto de los días caniculares, son calores de virilidad o de la edad, no de la juventud. Los primeros son puros, transparentes, cristalinos, es decir, las flores del amento del sauce y las tempranas potentillas.

Diarios, 16 de junio de 1852

Otra vez percibo el aroma de los nenúfares blancos y sé que llegó una estación que estaba esperando. ¡Qué indispensables todas estas experiencias para componer el verano! Esta flor es el emblema de la pureza, y su aroma lo sugiere. Crece en medio del agua estancada y fangosa, surge tan pura y prístina a la vista y tan dulce en su aroma, como si quisiera mostrarnos dónde residen la pureza y la dulzura, y de dónde pueden extraerse: de la mugre y el fango de la tierra. Creo que recogí la primera en abrirse en al menos una milla a la redonda. ¡Qué gran confirmación de nuestras esperanzas es la fragancia del nenúfar blanco! Por él, no desesperaré tan pronto por el mundo, a pesar de la esclavitud y la cobardía y la falta de principios del Norte[5]

. Esta flor sugiere que llegará el día en que los actos de los hombres la igualarán en la dulzura de su aroma. Ese es, entonces, el aroma que emana nuestro planeta. ¿Quién puede dudar luego de que la Naturaleza es joven y sólida? Si la Naturaleza todavía puede elaborar esta fragancia año a año, yo la creeré aún llena de vigor, y creeré que hay virtud en el hombre también, que la percibe y ama. Es como si todo lo puro y dulce y virtuoso se extrajera de la mugre y descomposición de la tierra y se presentara así en una flor. ¡La

resurrección de la virtud! Me recuerda que la Naturaleza no ha apoyado ningún Compromiso de Missouri. No percibo compromiso alguno en el aroma del nenúfar blanco. En él, lo dulce y lo puro y lo inocente quedan completamente escindidos de todo lo obsceno y malvado. No percibo en él la falta de decisión tan oportunista de un alcalde de Massachusetts, o de Boston. Todas las buenas acciones han contribuido a esta fragancia. Entonces, condúcete de tal modo que el aroma de tus acciones contribuya a la dulzura general de la atmósfera, tal que, cuando contemple yo una flor o perciba su perfume, no me recuerde lo incoherente de tu accionar hacia ella; porque todo aroma no es más que una forma de anunciar una cualidad moral.

Diarios, 16 de junio de 1854

Quizás estas mañanas son las más memorables del año —pasada una noche sofocante y antes de un día sofocante—, la época en que particularmente la mañana es el momento más glorioso del día, en que su frescura es de lo más renovadora, y uno disfruta de la gloria del verano dorada o plateada de rocío, sin el ardiente sol veraniego, ni la bruma que todo lo opaca. El sonido de los grillos al amanecer después de estas primeras noches sofocantes sugiere que los sueños de la tierra continúan a la luz del día. Me encanta esa hora temprana de madrugada en que los grillos aún siguen cantando con tanta fe y promesas colmadas de cándido rocío, como si todavía fuese de noche —expresan la inocencia de la mañana— cuando el canto del grillo está fresco y húmedo de rocío. En tanto el canto del grillo siga teniendo ese sonido ambrosíaco, no hay crimen que pueda cometerse. Entierra a Grecia y Roma más allá de la resurrección. ¡La canción de la tierra del grillo! Antes de que hubiera cristiandad, había la presencia de ese canto. ¡Salud! ¡Salud! ¡Salud! Es la esencia de su canto. Es, sin duda alguna, que el hombre, renovado por el sueño, es inocente y sano y optimista. Cuando oímos ese sonido de los grillos en los suelos, el mundo no está tanto con nosotros.

Diarios, 16 de junio de 1852

Terminó la estación de la esperanza y la promesa; ya llegó la estación de los frutos pequeños. Los indios marcaban el solsticio de verano[6]

como la temporada en que maduran los frutos del bosque. Nos ponemos algo tristes, porque comenzamos a ver el intervalo entre nuestras esperanzas y su realización. El prospecto de los cielos se retira de nuestro alcance y no nos deja más que unos pocos pequeños frutos rojos.

Diarios, 17 de junio de 1854

¡Qué diferencias sutiles entre una estación y la otra! Quizás haya llegado el clima más caluroso y los días más largos, pero no los más secos. Cuando me acuerdo de recolectar moras maduras por los campos arenosos, o piedras por el camino, y las mismas moras están calientes por el sol, me convenzo de esto. Las estaciones admiten infinitos grados en sus revoluciones.

Diarios, 19 de junio de 1852

Con solo ver con suficiente claridad lo mezquino de nuestra vida, ella será espléndida. Recordemos no empeñarnos en ir hacia arriba demasiado tiempo, sino hundirnos a veces en sentido contrario y revolcarnos en la mezquindad. Desde el pozo más hondo podremos ver las estrellas y hasta, tal vez, el sol. Ojalá tengamos prestancia suficiente para ir a fondo cuando no podamos ir a flote. De todos modos, la carcasa muerta que yace en el fondo del mar es mejor que aquella que flota en la superficie, en agravio al olfato. No será una

caída, porque cabalgaremos a buena distancia de la fuerza de gravedad de la tierra como estrellas y siempre volverán a elevarnos —semper cadendo nunquam cadit[7]

—, y así, al entregarnos a la gravedad universal, con el tiempo nos convertiremos en estrellas fijas en el cielo.

Diarios, 21 de junio de 1840

Lo más sabio es vivir día a día sin objetivo definido ni reconocible —ningún objetivo en particular—, ya que el mundo es redondo, y no debemos vivir en una tangente o en un radio de la esfera. Como dice un viejo poeta: “El hombre propone, pero Dios dispone”.

Diarios, junio de 1850

Yo también revivo como la hierba después de la lluvia. Jamás estamos tan florecientes, ni resplandece tanto nuestro día, como para que el sol no salga un poco más brillante en medio de la niebla y añoremos vivir una vida mejor.

Diarios, junio de 1850

Cuando veo las masas de algas densas y opacas en el agua —hechas ya un laberinto insondable—, me sorprende el contraste entre ellas y la primavera, la época en que deambulaba por las orillas de los arroyos en busca del primer verdor pálido. En ese entonces, ya había una o dos pulgadas de verde que llamaban la atención y eran visibles desde lejos. Ahora hay una masa densa de algas por la

ribera, donde merodean las ratas almizcleras, y sobre nuestra cabeza, un manto de hojas que oculta las aves y aparta el sol. Es difícil darse cuenta de que las semillas de todo este crecimiento estaban enterradas en esa tierra desnuda y congelada.

Diarios, 21 de junio de 1854

Aquella soledad me era dulce como una flor. Me sentaba sobre la planicie infinita y la disfrutaba, la absorbía por completo: una medicina que había anhelado intensamente, más preciada que la uva de oso, que tanto abunda en el Cabo[8]

.

Diarios, 21 de junio de 1857

Solo estoy cuerdo cuando logro elevarme por encima de mi sentido común, cuando no adopto la mirada tonta sobre las cosas que comúnmente se adopta, cuando no vivo por los medios ínfimos de subsistencia por los que viven los hombres en general. La sabiduría no es lo más habitual. ¿Con qué propósito tengo cinco sentidos si estoy así de ensimismado en mis asuntos? Mi pulso debe acompañar a la naturaleza. Después de un día de trabajo arduo sin un solo pensamiento, de convertir mi cerebro en mera herramienta, recién en el silencio de la noche logro recobrar los sentidos para oír al grillo que, en realidad, estuvo cantando todo el día. En mis mejores horas, soy consciente del influjo de una sabiduría suprema e incuestionable que en parte inhabilita, y que si recordara yo más seguido entregarme a ella me inhabilitaría por completo para lo que llamamos las actividades de la vida diaria, ya que no proporciona nada donde se pueda posar el ojo de la razón. ¿Cuál es el otro tipo de vida al que me veo atraído continuamente, al que amo yo y nadie más? ¿Es acaso una vida para este mundo? ¿Puede un hombre

alimentarse y vestirse gloriosamente si todo el tiempo antepone la verdad a sí mismo, un hombre que me llama en su ayuda sin la más mínima maldad? ¿Hay acaso deberes que necesariamente interfieren con la serena percepción de la verdad? ¿Serán nuestros momentos serenos meros anticipos del paraíso —gozos que nos guardan sin motivo como un consuelo— o son simplemente realización momentánea de lo que podría ser todo el tenor de nuestra vida? ¡Ah, estar calmado, estar sereno! Está la calma de la laguna cuando no hay ni una brisa de viento; está la calma de una canaleta estancada. Así es en nosotros. A veces, estamos cristalinos y calmados sanamente, como nunca antes en la vida, y no por efecto de un opiáceo, sino por alguna obediencia inconsciente a las leyes de todo lo justo, de modo que nos convertimos en algo parecido a una laguna mansa del cristal más puro, y sin esfuerzo se nos revelan nuestras profundidades. El mundo entero nos pasa por al lado y se refleja en nuestras profundidades. ¡Qué gran claridad, obtenida por medios tan puros!, por el simple hecho de vivir, por pura honestidad en el propósito. Vivimos y nos deleitamos. Me desperté inmerso en una música que nadie más de mi entorno escuchaba. ¿A quién se lo agradeceré? ¡El lujo de la sabiduría! ¡El lujo de la virtud! ¿Hay acaso intemperancia en estas cosas? Siento al Creador dándome la bendición. Para el hombre cuerdo, el mundo es un instrumento musical. El mismísimo toque permite un placer exquisito.

Diarios, 22 de junio de 1851

Cuando me acerco a la colina, oigo al zorzal del bosque cantar su melodía del anochecer. Es el único pájaro cuya nota me afecta tanto como la música, afecta el flujo y tenor de mi pensamiento, mi fantasía e imaginación. Me eleva y entusiasma. Nos inspira. Es una dosis medicinal para mi alma. Es elíxir para mis ojos y fuente de juventud para todos mis sentidos. Convierte todas las horas en una mañana eterna. Erradica toda trivialidad. Me reinstala en mis dominios, me hace amo de la creación, es el músico principal de mi corte. Este trovador canta en un tiempo, una era heroica, que no puede ser contemporáneo a ningún evento del pueblo. ¿Cómo

pueden ser contemporáneos si solo lo segundo es temporáneo y quizás no del todo? ¿Cómo puede lo infinito y eterno ser contemporáneo con lo finito y temporal? Entonces hay algo en la música del cencerro, algo más dulce y nutricio que lo que beben en la leche los granjeros. El canto de este zorzal es para mí un llamado como el del ranz des vaches[9]

. Ansío lo agreste, una naturaleza que no pueda atravesar con los pies, bosques donde el zorzal del bosque cante por siempre, donde las horas sean las de la mañana temprana y donde haya rocío sobre la hierba, y el día esté por siempre inalterado, donde yo pueda tener una fértil reconditez en el suelo que me circunde. Iría tras las vacas, cuidaría los rebaños de Admeto en ese lugar por siempre, por hospedaje y vestido como única paga. Un eterno New Hampshire que nunca caiga en decadencia.

¡Qué maravillosamente moral nuestra vida entera! No hay un solo instante de tregua entre la virtud y el vicio. La bondad es la única inversión que nunca falla. Los cantos que la celebran tienen la música del arpa.

Diarios, 22 de junio de 1853

No puedo ver el fondo del cielo, porque no puedo ver el fondo de mí mismo. Es el símbolo de mi propia infinitud. Mi ojo penetra en el éter hasta una distancia equivalente a la que alcanzo hacia mis adentros, de donde brota mi pensamiento contemporáneo.

No es por restricción o dureza que se accede a la sabiduría verdadera, sino por abandono e infantil deleite.

Diarios, 23 de junio de 1840

La Convolvulus sepium, o campanita blanca enredadera, o gloria de la mañana, su mejor nombre: siempre me renuevo al verla. Algunos la vieron ya el 19 del mes. Por la mañana y en un día gris, según Gray. La asocio con las horas más sagradas del amanecer. Tal vez presida mis caminatas y pensamientos matutinos. Hay una flor para cada estado de ánimo de la mente.

Soy de pensar que las rosas son las que más despliegan sus colores vivos, colores que invariablemente atraen todas las miradas y las defraudan, contrastan con un suelo oscuro, como el verde oscuro o las sombras opacas de los huecos entre arbustos y matas, donde mejor se las ve. Los enemigos de la flor abierta no le perdonan más de una hora. Entonces, aun si fuera esa la única razón, sus capullos son los más hermosos. La promesa de una belleza perfecta y deslumbrante, en el momento en que empiezan a expandirse —belleza que apenas llegan a contener—, como la mayoría de las juventudes, en general supera a la de las flores ya expandidas.

Diarios, 25 de junio de 1852

Ahora, terminado su trabajo, el labrador toca su flauta; solo le es posible a esta hora. En comparación con su trabajo, ¡qué gran logro! Algunos beben y apuestan. Él toca una marcha conocida. Pero la música no está en la melodía, está en el sonido. No procede del mundo del comercio ni de la política. Él practica este arte ancestral.

Diarios, 25 de junio de 1852

La condición más elevada del arte es lo inartificioso.

La verdad es siempre paradójica.

Llegará primero a la meta quien se quede más quieto.

Hay un “dejar” que supera toda ayuda y es el de “dejar solo”.

Por ser sufrido puede que escapes al sufrimiento.

Quien no se resiste para nada jamás se rendirá.

Cuando te corra un perro, llámalo con silbidos.

Si dices “no es así”, superarás a los filósofos.

Si te paras del lado de afuera del muro, nada te hará daño. El peligro es que quedes amurado por dentro.

Diarios, 26 de junio de 1840[10]

Me encanta ver la tierra firme mezclarse con el cielo, como cuando el mar salpica con el rocío de sus olas. ¿No hay acaso siempre, cuando se construye un arco, una referencia latente a su belleza? El arco se sostiene, como las estrellas, gracias a la gravedad: por estar siempre en caída, nunca cae. Pero no debería ser por su arquitectura, sino por sus pensamientos abstractos, que una nación quiera conmemorarse. ¡Cuánto más admirable es el Bhagavad Gita que todas las ruinas del Oriente! Soy de pensar que hay pocos especímenes de la arquitectura tan perfectos como un verso poético. Las ruinas arquitectónicas son bellas, pero no intrínsecamente ni como algo absoluto, sino por asociación. Son el lujo de los príncipes. Una mente sencilla e independiente no entra en cavilaciones ante las demandas de ningún príncipe, ni tampoco se compone de plata y oro o mármol.

Diarios, 26 de junio de 1852

La vida de un hombre debe ser una marcha majestuosa que sigue una música dulce pero inaudible, y cuando a sus semejantes les

resulte disonante e irregular, será porque él irá en un tono más alegre, o porque su oído más afinado lo exhortará a que alcance miles de sinfonías y variaciones concordantes. No habrá nunca pausa, como mucho una marcha en el lugar en su puesto, o la pausa que sea más rica que cualquier otro sonido, cuando la melodía alcance tal profundidad y desenfreno que ya no sea oída, sino simplemente aceptada con la vida y el ser enteros. Ese hombre nunca dará un paso en falso, ni en los tiempos más arduos, porque entonces la música no fallará en alcanzar la dulzura más grande y el mayor volumen, y regir ella misma el movimiento que inspiró.

Diarios, 30 de junio de 1840

JULIO

Ocasionalmente, en las mañanas tranquilas de verano, cuando alguien venía a comer —un sastre tal vez— y la comida era pastel de arándanos[11]

, me enviaban a mí, que entonces tenía diez años, a alguna colina cercana solo. Mi educación escolástica podía verse alterada y era preciso encontrar alguna excusa...

Recuerdo bien con qué sensación de libertad y espíritu de aventura emprendía el camino y atravesaba los campos con mi balde, unos años más tarde, hacia alguna colina o pantano alejados, cuando tenía permitido salir el día entero, y ahora no cambiaría esa expansión de mi ser ni por todo el aprendizaje del mundo. La liberación y la expansión: tal es el fruto que intenta asegurar toda cultura.

"Arándanos"[12]

Hay varios objetos que no se ven aunque estén en el rango de nuestra visión, porque no entran en el rango de nuestro intelecto, es decir, no estamos buscándolos. Por lo tanto, en el sentido más amplio, solo encontramos el mundo que buscamos.

Diarios, 2 de julio de 1857

El último amanecer que presencié parecía superar en esplendor a

todos los anteriores y me convenció de que al hombre le correspondía amanecer con igual frescura, y con igual promesa y certero avance en la carrera de la vida, con una expresión tan noble y serena que le permitiera atravesar sus mediodías hasta un escenario aún más bello y prometedor. ¿Acaso envejece el día cuando atardece? ¿Y se desgastará el hombre antes que el sol? En los colores carmesí del oeste, distingo los matices incipientes del amanecer. Para mi hermano occidental estará alzándose tan puro y esplendoroso como se alzó ante mí, pero el anochecer muestra en la quietud del detrás del día la belleza que se me escapara en el mediodía y la mañana. Cuando nos opriman el calor y la agitación del mediodía, recordemos que el sol que nos abraza con rayos insolentes está recubriendo de dorado las colinas mañaneras y despertando los coros de los terrenos boscosos para otros hombres.

Tendremos un amanecer, y un mediodía, y un sereno atardecer en nosotros mismos. Aquello que llamamos la atmósfera generalizada del anochecer es el accionar acumulado del día, que absorbe los rayos de la belleza y se muestra más abiertamente que la promesa desnuda del amanecer. Que el empeño esforzado en el calor del mediodía nos permita reunir una llamarada occidental intensa contra el anochecer de nuestra vida.

Diarios, 3 de julio de 1840

Cada mañana era una invitación alegre a hacer mi vida de igual sencillez, y podría decir inocencia, que la propia Naturaleza. He sido un adorador de Aurora tan sincero como lo fueron los griegos. Me levantaba temprano y me bañaba en el lago; era un ejercicio religioso y una de las mejores cosas que hacía. Dicen que la bañera del rey Tching-Thang tenía inscriptos unos caracteres que decían: “Renuévate por completo cada día; hazlo una y otra vez, y otra vez, por siempre”. Eso lo entiendo. La mañana vuelve a traernos las épocas heroicas. El débil zumbido de un mosquito, temprano en la mañana, en su excursión invisible e inimaginable por mi vivienda, mientras estaba yo sentado con la puerta y las ventanas abiertas, me afectaba tanto como el toque de trompeta más glorioso. Era el

réquiem de Homero, él mismo una Ilíada y Odisea en el aire, cantando su propia cólera y cavilación. Tenía algo de cósmico, un anuncio permanente, al menos hasta ser prohibido, del vigor y la fertilidad inagotables en el mundo. La mañana, que es el momento más memorable del día, es la hora del despertar. Es entonces cuando hay menos somnolencia en nosotros, y por una hora, al menos, se despierta una parte nuestra que duerme todo el resto del día y la noche. Poco puede esperarse del día, si puede llamarse día acaso, en que no nos despierte nuestro Genio, sino los codazos mecánicos de algún servidor; en que no nos despierten nuestras propias fortalezas y aspiraciones recién adquiridas dentro de nosotros mismos, acompañadas por las ondulaciones de una música celestial, en lugar de las campanas de las fábricas, y de una fragancia que llena el aire, hacia una vida más elevada que aquella en que nos fuimos a dormir; y así la oscuridad da su fruto y demuestra ser buena, tan buena como la luz. El hombre que no crea que cada día contiene una hora más temprana, sagrada y auroral que la que ha profanado hasta hoy ha desesperado por la vida y está en un rumbo descendiente y más oscuro cada día. Después de la cesación parcial de su vida sensual[13]

, el alma del hombre, o más bien sus órganos, rejuvenecen cada día, y su Genio vuelve a intentar una vida noble. Todos los eventos memorables, diría yo, transcurren en el lapso de la mañana y en la atmósfera de la mañana. Los Vedas dicen: “Todas las inteligencias despiertan con la mañana”. La poesía y el arte, y las acciones más justas y memorables de los hombres, suceden a esa hora. Todos los poetas y héroes, como Memnon, son hijos de Aurora, y emiten su música al alba. Para aquel cuyo pensamiento elástico y vigoroso sigue el ritmo del sol, el día es una mañana perpetua. No importa lo que digan los relojes o las actitudes y labores de los hombres. La mañana es cuando estoy despierto y hay un amanecer en mí. La reforma moral es el esfuerzo por desterrar el sueño. ¿Por qué razón a los hombres les rinde tan poco el día si no han dormido? No son tan malos calculadores. De no haber sido vencidos por el sopor, habrían concretado algo. Millones de ellos despiertan lo suficiente para el trabajo físico, pero solo uno en un millón está lo bastante despierto para el esfuerzo intelectual efectivo, solo uno en cien millones, para una vida poética o divina. Estar despierto es estar

vivo. No he conocido hasta ahora a un hombre que estuviera lo bastante despierto. ¿Cómo podría haberlo mirado a los ojos?

Debemos aprender a redespertar y a mantenernos despiertos, no con ayudas mecánicas, sino por una expectativa infinita del amanecer, que no nos abandone ni en el sueño más profundo. No conozco acto más alentador que la habilidad incuestionable del hombre de elevar su vida mediante un esfuerzo consciente. Es algo significativo ser capaz de pintar un cuadro en particular, o esculpir una estatua, y así volver hermosos ciertos objetos; pero es aún más glorioso esculpir y pintar la mismísima atmósfera y el medio a través del cual miramos, algo que moralmente podemos hacer. Influir en la calidad del día, esa es la más elevada de las artes. A cada hombre se le asignó la tarea de volver su vida, hasta en los detalles, digna de contemplación en su hora más elevada y crítica. Si nos rehusáramos, o si más bien malgastáramos, la poca información trivial que recibimos, los oráculos nos informarían elocuentemente acerca de cómo proceder.

Me fui al bosque porque quería vivir deliberadamente, enfrentarme solo a los hechos esenciales de la vida y ver si podía aprender lo que tenía para enseñarme, y para no descubrir, al llegar la muerte, que no había vivido. No quería vivir en algo que no fuese vida, vivir es tan preciado; tampoco deseaba practicar la resignación, a menos que fuera estrictamente necesario. Deseaba vivir con profundidad y absorber la vida hasta el tuétano, vivir con una firmeza espartana que derrotara todo lo que no fuese vida, causar sensaciones intensas y escapar por poco de los peligros, arrinconar a la vida y reducirla a sus términos más bajos y, si resultaba mezquina, hacerle salir su máxima y más genuina mezquindad y divulgarla por el mundo; o si era sublime, saberlo por experiencia, y ser capaz de dar verdadero testimonio de ello en la siguiente excursión. Porque la mayoría de los hombres, me parece a mí, están en una rara incertidumbre sobre la vida, sobre si es cosa del diablo o de Dios, y de algún modo se apresuraron a responder que el propósito principal del hombre aquí es “glorificar a Dios y disfrutarlo para siempre”.

Walden, “Dónde vivía y para qué”

Varios campos ya recibieron su último rastrillado y el trabajo del granjero en ellos parece estar por terminar. ¡Qué entrevista más grata deben haber mantenido! ¡Qué educación tan liberal con semejantes profesores! Mejor que una universidad. Es agradable considerar el cultivo asiduo del hombre hacia esta planta, sin que la relacione con una cosecha que le deje ganancia, como si acaso cultivara de igual modo el hipérico medicinal. Quién sabe las influencias que reciba de este largo intercambio.

Diarios, 5 de julio de 1851

Las zonas profundas del río no son tan visibles como las bajas y solo pueden encontrarse al sondarlo con cuidado. Quizás sea lo mismo con la naturaleza humana.

Diarios, 5 de julio de 1859

Sin embargo, vivimos mezquinamente, como hormigas; aunque la fábula nos dice que hace tiempo nos convirtieron en hombres; luchamos contra las grullas como pigmeos; es error tras error y bofetada tras bofetada, y nuestra mejor virtud tiene, solo por su ocurrencia, una desgracia superflua y evitable. Nuestra vida se derrocha en los detalles. Un hombre honrado no necesita mucho más que contarse los diez dedos de la mano o, en casos extremos, agregar los de los pies, y dejar de lado el resto. ¡Simpleza, simpleza, simpleza! Yo digo: deja que tus asuntos sean dos o tres, y no cientos o miles; en lugar de contar hasta un millón, cuenta hasta seis y mantén tus cuentas claras. En medio de este mar cambiante de la vida civilizada, son esas las nubes y tormentas y arenas movedizas, y los mil y un aditamentos que darse, que un hombre debe vivir, si no quiere irse a pique y tocar fondo y jamás llegar a puerto, en su

navegación por estima, y realmente quien lo logre será buen calculador. Simplifiquen, simplifiquen. En lugar de tres comidas al día, no coman más que una y solo de ser necesario; en lugar de cientos de platos, cinco; y reduzcan lo demás en proporción. Nuestra vida es como una Confederación Alemana[14]

, compuesta de pequeños estados, con una frontera en continua fluctuación, tanto que ni los mismos alemanes pueden indicar sus límites en determinado momento. La nación en sí, con todas las supuestas mejoras internas que, por cierto, son todas externas y superficiales, no es más que un establecimiento inmanejable y desbordado, atestado de muebles y atrapado en sus propias trampas, arruinado por los lujos y el derroche, por falta de cálculo y de un objetivo digno, como sucede con los millones de hogares, y la única cura, al igual que para ellos, es una economía rígida, una simplicidad de vida estoica y espartana o más, y una elevación del propósito.

Walden, “Dónde vivía y para qué”

Las insinuaciones nocturnas son divinas, creo yo. Los hombres pueden encontrarse en la mañana e informarse las novedades de la noche, las sugerencias divinas que recibieron. Observo que a veces alguna de esas pistas me acompaña hasta que llega el día, esas pistas que vienen de los dioses, esos impulsos a la pureza, al heroísmo, incluso al esfuerzo literario, que jamás surgen durante el día...

Está la inspiración, el cuchicheo divino que llega al oído de la mente atenta desde las cortes del cielo; está la revelación profana y estanca de la taberna y de la policía. El mismo oído está preparado para recibir las dos comunicaciones. Solo el carácter del individuo determina ante cuál de esas fuentes mayormente se abrirá y ante cual se cerrará. Considero que la mente puede profanarse por el hábito de atender a cosas triviales, de manera en que todos nuestros pensamientos se tiñan de trivialidad...

Cada pensamiento que pasa por la mente contribuye al cansancio y desgaste, a profundizar los surcos que, como las calles de Pompeya, manifiestan cuánto se la usó. ¡Hay tantas cosas sobre las que sería mejor deliberar si acaso es bueno saberlas o no! La rutina, los convencionalismos, los modales, etc., etc., etc.; ¡con qué inconsciencia la atención excesiva a cuestiones como estas disipa y empobrece la mente, le roba fuerza y simplicidad, la deja emasculada!

Diarios, 7 de julio de 1851

Estuve cerca del despertar esta mañana. Soy más viejo que el año pasado; las mañanas se apartan entre sí; son menos los días. Cualquier tipo de exceso —hasta el de tomar demasiada agua el día anterior— es fatal para la claridad de la mañana, pero en cuanto a salud el sonido de un cencerro es una música celestial. ¡Ah! ¡Acaso será que siempre podré despertarme a los pensamientos y la poesía, y estar revitalizado! ¿Puede aún llamarse mañana si nuestros sentidos no se clarearon tanto y no percibimos con mayor claridad, si no nos levantamos con elástico vigor?

Diarios, 7 de julio de 1852

Quedarse en casa es la costumbre celestial.

Carta a Ralph Waldo Emerson, 8 de julio de 1843

Las farsas y los engaños se consideran las verdades más sensatas, mientras que la realidad es ficticia. Si los hombres observaran solo las realidades continuamente y no se dejaran engañar, la vida,

comparada con las cosas que conocemos, sería un cuento de hadas y una de Las mil y una noches. Si respetáramos solo lo inevitable y lo que tiene derecho a existir, la música y la poesía resonarían por las calles. Cuando vivimos sin apuro y con sabiduría, percibimos que solo las cosas grandes y preciadas tienen una existencia absoluta y permanente, que los temores insignificantes y los placeres insignificantes no son más que sombras de la realidad. Siempre es vivificante y sublime. Al cerrar los ojos y adormecerse, y consentir ante el engaño de las apariencias, los hombres establecen y confirman su vida diaria de rutina y hábito, que además se construye sobre cimientos puramente ilusorios. Los niños que juegan a la vida disciernen la ley vital verdadera y sus relaciones con mayor claridad que los hombres, que no logran vivirla dignamente, pero se consideran más sabios por experiencia, es decir, por fracasar. En un libro hinduista leí: "Érase una vez el hijo de un rey que, tras haber sido expulsado de su ciudad natal en la infancia, fue criado por un leñador y, alcanzada la madurez en ese estado, se imaginaba pertenecer a la raza bárbara en que vivía. Uno de los ministros de su padre lo descubrió y le reveló quién era, y de ese modo se despejó la confusión de su carácter, y supo que era un príncipe. Así, el alma —prosigue el filósofo hindú—, a partir de las circunstancias en que se encuentra, confunde su propio carácter, hasta que se le revela la verdad a través de algún maestro sagrado, y entonces sabe que es brahmán". Siento que nosotros, los habitantes de Nueva Inglaterra, vivimos esta vida tan mezquina que vivimos porque nuestra visión no penetra más allá de la superficie de las cosas. Pensamos que cada cosa es lo que aparenta. Si un hombre caminara por esta ciudad viendo solo la realidad, ¿dónde piensan ustedes que quedaría "Milldam"? Si nos relatara las realidades que observó allí, no reconoceríamos el lugar por su descripción. Observen un templo, o un tribunal, o una cárcel, o un negocio, o una residencia y digan qué cosas son en realidad para una mirada verdadera, y todas se harán pedazos en el relato de lo que son. Los hombres estiman las verdades remotas, en las afueras del sistema, detrás de la estrella más lejana, antes de Adán y después del último hombre. En la eternidad, hay ciertamente algo verdadero y sublime. Pero todos estos tiempos y lugares y ocasiones están aquí y ahora. Dios mismo culmina en el momento presente y jamás será más divino en lo que duren todos los tiempos. Y solo somos capaces de aprehender lo sublime y noble por el perpetuo

instilarnos y empaparnos de la realidad que nos rodea. El universo obedece a nuestras concepciones constante y obediente; ya sea que viajemos rápido o lento, el camino está trazado para nosotros. Pasemos entonces la vida concibiendo. El poeta o el artista no han tenido hasta aquí un designio más justo y noble que aquel que un descendiente suyo, al menos, pudiese concretar.

Pasemos un día tan deliberadamente como la Naturaleza, y que no nos aparte del camino cada cáscara de nuez o ala de mosquito que caiga sobre las vías. Levantémonos temprano, ayunemos o rompamos el ayuno con tranquilidad y sin perturbación; dejemos que las compañías vayan y vengan, que las campanas toquen y los niños lloren: decididos a hacer de ello un día agradable. ¿Por qué deberíamos sucumbir e ir con la corriente? Que no nos perturben ni agobien con ese torbellino terrible y estrepitoso llamado cena, situado en los bajos meridionales. Si logran capear esta tormenta, estarán a salvo, porque el resto del camino es cuesta abajo. Con nervios tensos, con el vigor matutino, navega a través de los peligros, mirando en otra dirección, atado al mástil como Ulises. Si la máquina silba, déjala silbar hasta que quede ronca del esfuerzo. Cuando toca la campana, ¿por qué deberíamos correr? Consideremos qué tipo de música es. Establezcámonos y trabajemos y hundamos los pies hasta lo hondo del barro y el cieno de la opinión y el prejuicio y la tradición y el engaño y las apariencias, ese aluvión que recorre todo el globo, a través de París y Londres, a través de Nueva York y Boston y Concord, a través de la Iglesia y el Estado, a través de la poesía y la filosofía y la religión, hasta llegar a un fondo sólido y rocoso al que podamos llamar realidad y decir "es esto" sin temor a equivocarnos; y luego comenzar, a partir de un punto de apoyo, bajo crecidas y heladas y fuego, un lugar donde pueda apuntalarse un muro o un Estado, o bien colocar un farol con seguridad, o quizás un medidor, no un Nilómetro, sino un Realómetro, para que las generaciones futuras sepan la profundidad alcanzada por la vertiente de farsas y apariencias de tanto en tanto. Si te enfrentas, erguido, cara a cara ante un hecho, verás el sol resplandecer por sus dos lados, como si fuese una cimitarra, y sentirás que su dulce filo te atraviesa el corazón y la médula, y así concluirás alegremente tu carrera de mortal. Ya sea en la vida como en la muerte, ansiamos solo la realidad. Si realmente estamos muriendo, oigamos el tiritar en nuestra garganta y sintamos el frío

en las extremidades; si estamos vivos, ocupémonos de nuestros asuntos.

Walden, “Dónde vivía y para qué”

Aquello llamado genio es la abundancia de vida o salud, de modo que lo que sea que aborden los sentidos, como el sabor de estos frutos rojos, o el mugido de esa vaca que resuena, como un eco que recorre la ladera fresca de la montaña justo antes del anochecer, donde los rocíos fragantes perfuman el aire y hay un vigor perenne, una serenidad, y la expectativa de una mañana perpetua e inmaculada —cada visión y sonido y aroma y sabor—, intoxica con sana intoxicación. El reducido fluir de la vida rebasa su propia orilla, crea y fertiliza amplios intervalos, de donde varias generaciones extraen el sustento. Es el verdadero desborde del Nilo. Tan exquisitos y sensibles somos que nos hace abrazar nuestro destino y, en lugar del sufrimiento o la indiferencia, disfrutamos y nos damos la bendición.

Diarios, 11 de julio de 1852

Estoy en Derby, viendo a un joven zorro. Por su paso y forma de moverse, podría decirse que tiene piernas tan flexibles como la resina de un árbol: elasticidad pura, lista para saltar al aire de un momento a otro. La fuerza de gravedad no parece suficiente para mantenerlo en contacto con la tierra. Parece haber un principio peculiar de resiliencia operando en él continuamente.

Diarios, 11 de julio de 1860

A veces me despierto en la noche y pienso en la amistad y sus posibilidades, una vida y una revelación nuevas para mí, que quizás no había experimentado en muchos meses. Estos pensamientos pasajeros fueron mi mayor cercanía a su realización, pensamientos que no sé a quién comunicar. De pronto, me veo erguido en ellos, algo me eleva, a una distancia infinita por encima de toda posibilidad de hacer mis tareas habituales, y veo la apuesta arriesgada que la vida puede suponer. Los hombres, con sus atenciones indiscriminadas y su ceremoniosa buena voluntad, tienen para ofrecer una carnada trivial que no tienta a nadie; no hablan en serio ni para el éxito ni para el fracaso. Me despierto en la noche a estos niveles más elevados de la vida, como despierto al día que comienza, como si mi vida, en su intervención, hubiera sido una larga noche. Me llega un eco de la gran melodía de la Amistad que se toca en algún lugar y me siento recompensado por meses y años de lugares comunes. Me elevo a una atmósfera más divina, donde existir y respirar ya de por sí es un triunfo, y mis pensamientos tienden inevitablemente a lo grandioso e infinito, como el aeronauta que siempre reporta alguna corriente de aire cerca que está más alto y se dirige hacia el océano. Si se elevan lo suficiente, salen al mar y observan los navíos que parecen suspendidos en el aire como ellos. Me siento como si me tocaran una serenata y me dijeran los cumplidos más elevados y sinceros. El universo me alienta y vitorea.

La amistad es el fruto que debería darnos el año; brinda su fragancia a las flores y es en vano si, sin ella, no obtenemos más que una amplia cosecha de manzanas.

Diarios, 13 de julio de 1857

Qué dulce y tierna sociedad, la más inocente y divinamente alentadora, hay en cada objeto natural, y lo mismo en la naturaleza universal, hasta para el pobre misántropo y el individuo más melancólico. No puede haber melancolía verdaderamente oscura para quien vive en medio de la naturaleza y conserva sus sentidos. Nunca hubo hasta ahora una tormenta para el oído inocente, sino

una música eólica. Nada puede imponerle una tristeza vulgar al hombre sencillo y valiente. Mientras disfrute yo de la amistad dulce de las estaciones, confío en que no habrá nada que convierta mi vida en un peso.

Diarios, 14 de julio de 1845

El joven prepara sus materiales para construir un puente a la luna, o quizás un palacio o un templo en la tierra, y con el tiempo, en la mediana edad, el adulto termina construyendo una cabaña de madera con ellos.

Los árboles en general tienen dos etapas de crecimiento al año, una en primavera y otra en otoño, y puede verse dónde se interrumpió la primera, ya sea por frío o sequía, y uno se pregunta qué hubo en el verano para producir esa interrupción, esa dolencia. Lo mismo sucede con el hombre: la mayoría tiene solamente un crecimiento de primavera y nunca se recuperan de esta primera interrupción de sus esperanzas de juventud; pero las plantas de constitución más fuerte, o quizás plantadas en suelos más amigables, se recuperan rápidamente y, aunque lleven la herida o el nudo como recuerdo de su desencanto, vuelven a avanzar y tienen un crecimiento otoñal vigoroso que equivale a una nueva primavera.

Diarios, 14 de julio de 1852

La salud es una relación sólida con la naturaleza.

Diarios, 14 de julio de 1854

Este clima más fresco, sereno y nublado después de la lluvia es muy otoñal y restaurador del espíritu. El petirrojo aún canta, pero el jilguero lo hace incluso más a menudo, y oigo el "cháchara cha" del tordo charlatán (¡un sonido perfecto!) y los grillos que cantan más, como en otoño. Todos estos sonidos predisponen nuestra mente a la serenidad. En días como estos en el bosque, quizás los más problemáticos sean los mosquitos, si hay suficiente calor. Parece que estuviéramos pasando, si no pasamos ya, la línea divisoria entre la primavera y el otoño, y comenzamos a descender la larga cuesta abajo hacia el invierno.

Diarios, 14 de julio de 1854

Consideremos por un momento a qué vienen la mayoría de los disgustos y la ansiedad a los que me refiero, y si es necesario que nos perturben, o que al menos nos prevengamos de ellos. Sería en cierta medida ventajoso vivir una vida primitiva y fronteriza, aunque sea en medio de una civilización externa, aunque más no fuese para aprender las necesidades más gruesas de la vida y los métodos utilizados para obtenerlas; o incluso para ver los libros de antaño de los comerciantes, saber qué solían comprar los hombres, qué almacenaban, es decir, cuáles son las viandas más comunes grosso modo. Ya que las mejoras que se suceden con el pasar del tiempo no han influido demasiado en las leyes esenciales de la existencia del hombre; así como nuestro esqueleto probablemente no diste demasiado del de nuestros ancestros [...]

Cuando un hombre entra en calor de las distintas maneras que describí, ¿qué más puede pedir? De seguro, no más calor del mismo tipo, sino más y mejor comida, casas más grandes o espléndidas, vestimentas más elegantes o abundantes, fuegos más intensos, numerosos o incesantes, y así. Una vez que ha obtenido lo que necesita para la vida, hay otras alternativas antes que obtener lo superfluo, y es: aventurarse entonces a la vida, comenzar las vacaciones de su esfuerzo más humilde. El suelo, según parece, es adecuado para la semilla, porque envía sus radículas hacia abajo y puede que luego envíe su brote hacia arriba también, con confianza.

¿Por qué el hombre echa raíz en la tierra con tanta fuerza si no es para poder elevarse en igual proporción hacia los cielos? Las plantas más nobles se aprecian por el fruto que dan al fin en el aire y la luz, lejos del suelo, y no son tratadas como las comestibles que, si bien son bianuales, se cultivan solo hasta perfeccionar su raíz, y luego se las poda cuando alcanzan el punto más alto con ese propósito, de modo que muchos no las reconocerían de verlas en flor.

Walden, “Economía”

Se dice que Mirabeau empezó a dedicarse al asalto de caminos “para establecer el grado exacto de resolución necesario para oponerse formalmente a las leyes más sagradas de la sociedad”. Mirabeau afirmaba que “un soldado que lucha en las filas no requiere ni la mitad del coraje que un asaltante de caminos”; “el honor y la religión jamás se interponen en una resolución firme y bien reflexionada”. Tal como está el mundo, era una afirmación valiente y, aun así, ociosa, si no desesperada. Un hombre más cuerdo se hubiera encontrado con suficiente frecuencia en posición “formalmente opuesta” a lo que se consideran “las leyes más sagradas de la sociedad”, de haber obedecido a leyes aún más sagradas, y entonces hubiera dado prueba de su resolución sin apartarse del camino. No le corresponde al hombre adoptar esa actitud frente a la sociedad, sino mantenerse en la actitud que se encuentre gracias a la obediencia a las leyes de su ser, que nunca serán opuestas a un gobierno justo, en caso de encontrar alguno [...]

Si algo aprendí, como mínimo, con mi experimento, fue esto: si uno avanza con confianza en la dirección de su sueño y se dedica a vivir la vida que ha imaginado, se encontrará con un éxito inesperado en las horas cotidianas. Dejará algunas cosas detrás, traspasará un límite invisible; comenzarán a establecerse leyes nuevas en él y a su alrededor, más universales y más liberales; o las leyes anteriores se expandirán e interpretarán a su favor en un sentido más liberal, y vivirá con el permiso de un orden de seres más elevados. En la medida en que simplifique su vida, las leyes del universo le

resultarán menos complejas, y la soledad no será soledad; ni la pobreza, pobreza; ni la debilidad, debilidad. Si construyes castillos en el aire, tu trabajo no tiene por qué perderse; es ahí donde debe estar. Ahora coloca los cimientos por debajo.

Walden, “Conclusión”

Lo que creo es que mi experiencia presente no es nada; mi experiencia pasada lo es todo. Pienso que ninguna de las experiencias que tengo en la actualidad está a la altura de las de mi niñez o juventud, ni puede comparárseles. Y no solo eso: hasta donde logro recordar, yo era de hablar inconscientemente de las experiencias de un estado de existencia anterior. “Porque la vida es un olvido”, etc. Antes pensaba que la naturaleza se desarrollaba como yo, que crecía conmigo. Mi vida era éxtasis. De joven, antes de que hubiera perdido alguno de los cinco sentidos, recuerdo estar vivo por completo y habitar mi cuerpo con una satisfacción inexpresable; tanto su cansancio como su recuperación eran dulces para mí. Esta tierra era el instrumento musical más glorioso, y yo era el público para su melodía. ¡Ah, lo que era tener esas impresiones! ¡Semejantes éxtasis provocados por las brisas! Recuerdo cómo me asombraba. Me decía para mis adentros —y les decía a los otros—: “Me viene a la mente un placer tan indescriptible, infinito, divino, celestial, un sentido de elevación y expansión, que lo absorbe todo, y yo no tuve nada que ver con él. Me doy cuenta de que me manejan poderes superiores. Es un placer, un gozo, una existencia que no me procuro por mi cuenta. Soy como un testigo en la corte que relata lo que percibió”. La mañana y la noche eran dulces para mí, y llevaba una vida distante de la sociedad de los hombres. Me preguntaba si algún otro mortal alguna vez habría conocido lo que yo conocía. Consultaba los libros en busca de experiencias similares, pero extrañamente no encontraba ninguna. En realidad, me llevó bastante tiempo descubrir que otros hombres habían tenido esta experiencia, y aun teniendo en cuenta que yo podía leer libros y entrar en contacto con los hombres por otros motivos. Aquel que me creó estaba mejorándome. Cuando detecté esta interferencia, me conmovió

profundamente. Durante años, marché como siguiendo el compás de una música que, comparada con las marchas militares de la calle, es puro ruido y disonancia. Estaba ebrio a diario y, aun así, nadie podía haberme llamado un bebedor empedernido. Ustedes, que disponen de todas sus ciencias, ¿pueden decirme cómo es que la luz entra en el alma y de dónde proviene?

Diarios, 16 de julio de 1851

¿Acaso podríamos imaginar condición más gloriosa del ser que pasar de impuro a puro? Es casi deseable ser impuros para poder experimentar esta mejoría. ¡Ser inocente hacia mi propia persona! ¡Amar y reverenciar mi vida! ¡Prepararme para una sociedad noble, estar hoy mejor preparado respecto de ayer! ¡Hacer de mi vida un sacramento! ¿Qué es la naturaleza sin este noble revuelo? Anhelo poder tratar a mi propio ser con cada vez más respeto y ternura. Que yo mismo no olvide que soy impuro y vil. Que no deje de amar la pureza. Que pueda irme a dormir con la expectativa de levantarme ante un día nuevo y más perfecto. Que pueda vivir así y refinar la vida como una preparación de mi propia persona para una sociedad siempre más elevada de la que disfruto en los hechos. Que pueda tratarme tan tiernamente como trataría al niño más inocente que conozca y a quien ame; que trate a los niños en general y a mis amigos como a mi yo recién descubierto. Que pueda por siempre ir en busca de mí mismo; que ni por un momento piense que me he encontrado; que siga siendo un extraño ante mí, nunca un conocido, alguien a quien todavía quiero conocer. Que pueda ser hacia mi propia persona como lo es alguien a quien amo, un objeto adorado y preciado. ¿Qué templo, qué iglesia o qué lugar más sagrado podría haber que lo profundo de mi propio ser? La posibilidad de mejorarme, eso debe atesorarse. Así como me veo soy. Oh, mis queridos amigos, no los olvido. Los conoceré mañana. Los relaciono con mi yo ideal. Había perdido la fe en mí. Pensé que había crecido y me había convertido en lo que de mí se esperaba, pero recién estoy en la primavera más temprana. En lo que respecta a la virtud e inocencia, el hombre más anciano está en los comienzos de la primavera y la estación vernal de la vida. El amor

por la virtud es lo que nos hace jóvenes siempre. Es la fuente de juventud, la mismísima aspiración a lo perfecto. Me amo y adoro a mí mismo con un amor que absorbe mi amor por el mundo. El orador de una conferencia sugirió que tengo la posibilidad de volverme mejor de lo que soy. ¿No fue una buena conferencia, entonces? Ojalá no sueñe yo con que esquivé la vileza; ojalá sueñe que amé y practiqué la virtud.

Diarios, 16 de julio de 1851

La mayoría de los hombres vive una vida de desesperación silenciosa. Eso que se llama resignación es desesperación comprobada. De la ciudad desesperada se pasa al campo desesperado, y uno debe consolarse con la valentía de los visones y las ratas almizcleras. Un desespero estereotipado pero inconsciente se esconde incluso bajo los llamados juegos y divertimentos de la humanidad. No hay esparcimiento en ellos, porque llegan después del trabajo. Pero una característica sabia es no hacer cosas desesperadas. Cuando nos preguntamos cuál es, en los términos del catecismo, el propósito fundamental del hombre y las necesidades y los medios verdaderos para la vida, parecería que los hombres hubieran elegido deliberadamente el modo de vida más común porque lo prefirieron ante ningún otro. Sin embargo, creen sinceramente que no les queda elección. No obstante, las naturalezas alertas y saludables recuerdan que el sol salió con su clara luz. Nunca es tarde para abandonar nuestros prejuicios. No hay forma de pensar u obrar, sin que importe lo antigua que sea, en la que pueda confiarse sin pruebas.

Walden, “Economía”

¿Por qué tendríamos que apurarnos desesperadamente por triunfar y en empresas tan desesperadas? Si un hombre no avanza al ritmo

de sus compañeros, quizás es porque oye un tambor diferente. Que siga la música que él oye, no importa si es suave o distante. No es importante si no madura tan pronto como el roble o el manzano. ¿Acaso deba convertir su primavera en verano? Si no se dieron aún las condiciones de las cosas para las que fuimos creados, ¿con qué realidades podríamos sustituirlas? No naufraguemos ante una realidad vana. ¿Construiremos acaso con enormes esfuerzos un firmamento de cristal azul sobre nuestra cabeza aun cuando, una vez terminado, seguro nos quedemos mirando el verdadero cielo etéreo detrás de él, como si el primero no existiera?

Walden, “Conclusión”

Aquí estoy con treinta y cuatro años de edad, y aún mi vida está casi sin desplegarse. ¡Hay tanto que es apenas el germen de lo que será! Hay un espacio tan grande entre el ideal y lo concreto en tantas instancias que hasta podría decir que no he nacido. Está el instinto por la sociedad, pero no hay sociedad. La vida no tiene duración suficiente siquiera para un único éxito. Ni en treinta y cuatro años más tendría lugar un milagro así. Soy de la idea de que mis estaciones circulan más lentamente que las de la naturaleza; tengo tiempos diferentes. Estoy en una lucha. Esta revolución rápida de la naturaleza, hasta de la naturaleza en mí, ¿por qué debería apurarme? Dejemos que el hombre avance al ritmo de la música que oye, sin importar la mesura. ¿Es importante acaso que yo madure tan pronto como un manzano, o tan pronto como un roble? ¿No podría mi vida en la naturaleza, en tanto que es sobrenatural, ser tan solo la porción primaveral e infantil de la vida de mi espíritu? ¿Acaso deba convertir mi primavera en verano? ¿Podría yo no sacrificar una completitud apurada e ínfima acá por una totalidad allá? Si mi curva es amplia, ¿por qué trazarla como un círculo más reducido? El despliegue de mi espíritu no sigue el ritmo de la naturaleza. La sociedad para la que fui hecho no está aquí. ¿Reemplazaré entonces, por la expectativa de aquello, esta pobre realidad? Prefiero tener la expectativa intacta de eso, antes que esta realidad. Si la vida es un anhelo, que así sea. No naufragaré ante una realidad vana.

Diarios, 19 de julio de 1851

El suave susurro de las hojas de los árboles sobre la orilla es muy vivificante, como si la Naturaleza se renovara, se despertara para alguna empresa. No hay más que un viento suave, pero su sonido, que agita las hojas incesantemente a poca distancia de la orilla, audible pero invisible, es muy edificante. Es como un amanecer permanente o el despertar de la naturaleza a un propósito grandioso.

Diarios, 20 de julio de 1853

Está, sin embargo, el consuelo del viajero más exhausto, sobre la ruta más polvorienta, de que el camino que trazan sus pies es tan perfectamente simbólico de la vida humana: por momentos ascendente por colinas y por momentos descendente hacia los valles. Desde las cimas, él observa el cielo y el horizonte; desde los valles, mira hacia las alturas otra vez. Todavía recorre sus antiguas lecciones y, aunque pueda estar muy cansado y extenuado por el viaje, aun así la experiencia es sincera.

Al dejar atrás el Nashua, cambiamos un poco el rumbo y llegamos al poblado de Stillriver, al oeste de Harvard, justo al atardecer. Desde este punto, que está hacia el norte, sobre la ladera occidental de la misma cadena de colinas donde pasamos la tarde anterior, en el pueblo vecino, la perspectiva es hermosa y la grandiosidad del delineado montañoso es incomparable. Había tanto silencio y quietud a estas horas aquí, como si las propias colinas disfrutaran de la vista, y pasamos lentamente, mirando atrás el campo que habíamos atravesado, y escuchando al petirrojo que canta al anochecer, no podíamos evitar contrastar la ecuanimidad de la naturaleza con la premura e impaciencia del hombre. Sus palabras y acciones siempre presuponen que se acerca una crisis, en cambio

ella se mantiene siempre silenciosa y sin pretensiones.

Esa noche descansamos en Harvard, y a la mañana siguiente, mientras uno de nosotros llevó sus pasos hacia el poblado cercano de Groton, el otro se fue solitario por su lado a las praderas pacíficas de Concord; pero no olvidaré mencionar la magnífica hospitalidad de un granjero y su mujer, que lo entretuvieron con gran generosidad a sus expensas, aunque el pobre caminante no pudo más que, por un lado, felicitar al granjero por la continuidad del buen clima y, por el otro, aceptar en silencio la amabilidad de la mujer. Renovado ante esta instancia de generosidad y no menos renovado por las viandas sustanciosas que le ofrecieron, retomó la marcha con recobrado vigor y alcanzó las orillas del Concord antes de que el sol se elevara varios grados en el cielo.

Y, ahora que hemos retomado la vida desganada del llano, nos dedicaremos a importarle algo de esa grandiosidad de las montañas. Recordaremos los límites que nos circundan y comprenderemos que esta vida a nivel también tiene su cima, y por qué desde lo alto de la montaña los valles más profundos tienen un tinte azulado; que hay elevación en cada una de las horas, porque no hay zona de la tierra que sea tan baja como para no verse desde el cielo, y que no tenemos más que pararnos en la cima de nuestra hora para dominar sobre un horizonte ininterrumpido.

“Caminata a Wachusett” (descripción de una excursión de mediados de julio de 1842)

Ahora anhelo encontrar uno de esos caminos antiguos, serpenteantes, secos, deshabitados, que llevan lejos de las ciudades, que nos alejan de la tentación, que nos conducen afuera de la tierra, por sobre su corteza más externa; donde puede olvidarse el país por el que se viaja; donde no hay granjero que pueda quejarse de que uno pisa sobre sus terrenos, no hay caballero que haya recién construido un asiento en el territorio que uno invade; donde se puede empezar por lo más difícil y despedirse del poblado con la mano; donde uno puede viajar como peregrino, ir a ninguna parte;

donde los viajeros son más difíciles de encontrar; donde mi espíritu es libre; donde nadie se preocupa por paredes y cercados; donde la cabeza está más en el cielo que los pies en la tierra; donde se ve a la distancia y puede verse al viajero que se acerca desde media milla y prepararse uno para él; un suelo que al no ser tan lujoso atrae menos al hombre; algunos cercos de raíces y tocones que no necesitan atención; donde los viajeros no ven ocasión de detenerse, sino que pasan de largo y lo dejan a uno en sus pensamientos; donde no hay diferencia en cuanto a dónde se mire, ya sea yendo o viniendo, ya sea de mañana o noche, mediodía o medianoche; donde la tierra es lo suficientemente barata por ser pública; donde puede uno caminar y pensar con menos obstáculos, porque ahí no hay nada con que medir el progreso; donde uno puede hacer una pausa cuando se siente colmado de emoción y extraña sus malos humores; donde no estás en disonancia con los hombres, no estás comiendo ni conversando con ellos; por donde puedes ir a la mayoría de los lugares de la tierra. Es amplio, tan amplio como los pensamientos que da lugar a que te visiten. A veces, se trata de unas trescientas yardas en particular que deseo recorrer, quizás por donde soplan ciertos aires; entonces vendrá mi vida hacia mí, creo yo; como un cazador, camino a la espera de ella. Cuando estoy frente al promontorio yermo que fue esta colina de arándanos, aquí sí que mis pensamientos se expanden de verdad. ¿Es acaso una influencia, como un vapor emitido desde el suelo, o algo en los vendavales que soplan aquí, o en todas las cosas reunidas agradablemente en torno a mi espíritu? Las paredes no deben ser demasiado altas, que me atrapen, sino bajas, y con muchas aberturas. Los árboles no deben ser demasiada cantidad, ni las colinas estar muy cerca, que tapen la vista, ni el suelo demasiado rico, que atraiga la atención hacia la tierra. No debe ser más que el camino y la vida, un camino al que, se sabe, jamás le han hecho reparación alguna, no lo ha necesitado nunca, en el tiempo que recuerda el habitante más anciano.

Diarios, 21 de julio de 1851

Todo el mundo se queja hoy en día de una presión de obligaciones y

compromisos triviales, que les impide dedicarse a un ámbito más elevado del que conocen; pero, sin duda, si estuvieran hechos de lo que se necesita para trabajar en ese ámbito más elevado, con que se los liberara de todas esas obligaciones, ellos cumplirían enseguida con esa tarea superior y dejarían de lado todo lo demás, con la naturalidad con la que respiran. Jamás los encontraríamos diciendo que no tenían tiempo para ello, cuando hasta el más simple de los hombres sabe que no necesita tiempo para nada más. Ningún hombre que actúe a partir del sentido del deber pondrá el deber menor por delante del mayor. Ningún hombre puede tener el deseo y la capacidad de trabajar en cuestiones elevadas, si no tiene también la habilidad de construirse un andamiaje elevado.

Carta a Harrison Blake, 21 de julio de 1852

Quien pasa por un lago al mediodía, cuando se agitan las olas, poco imagina su belleza plácida y serena al anochecer, tan poco como lo que anticipa su propia serenidad.

Diarios, 21 de julio de 1853

La naturaleza es hermosa solo como lugar donde se ha de vivir una vida. No es hermosa para quien no se decidió a tener una vida hermosa.

Diarios, 21 de julio de 1853

La mayoría de los hombres, aun en este país relativamente libre, por pura ignorancia y error, están tan ocupados con las preocupaciones artificiales y las labores superfluas y corrientes de la

vida que no pueden extraer su fruto más delicado. Sus dedos, por el trabajo excesivo, son extremadamente torpes y tiemblan demasiado para recogerlo. En realidad, el hombre de trabajo no tiene tiempo libre para una verdadera integridad del día a día; no puede permitirse sostener ni la más humana relación hacia los hombres; de hacerlo, su trabajo se vería desvalorizado en el mercado. No tiene tiempo de ser más que una máquina. ¿Cómo puede recordar bien su ignorancia —algo que le requiere su crecimiento— quien debe usar su conocimiento con tanta frecuencia? Tendríamos que alimentarlo y vestirlo gratuitamente alguna vez, sin pedirle nada a cambio, y restaurarle el vigor con nuestros cordiales, antes de juzgarlo. Las mejores cualidades de nuestra naturaleza, como el florecer de los frutos, solo pueden preservarse con el trato más delicado. Sin embargo, no nos tratamos ni a nosotros mismos ni a los demás con tanta ternura.

Walden, “Economía”

La vida en nosotros es como el agua del río. Puede que este año suba más de lo que jamás se haya visto y que inunde las tierras altas resecas; hasta podría ser el año memorable en que queden ahogadas todas nuestras ratas almizcleras. No siempre fue tierra árida este lugar donde vivimos. Miro a lo lejos, tierra adentro, las orillas que antes bañaban las aguas del arroyo, antes de que la ciencia empezara a registrar sus deshielos. Todo el mundo oyó alguna vez la historia que fue de boca en boca por toda Nueva Inglaterra sobre el escarabajo fuerte y hermoso que salió de la tabla seca de una vieja mesada hecha de madera de manzano —que había estado en la cocina de un granjero durante sesenta años, primero en Connecticut y después en Massachusetts—, de un huevo depositado en el árbol viviente todavía más años atrás, tal como se verificó al contar sus capas anuales, y al que oyeron roer la madera durante varias semanas, eclosionado quizás por el calor de una cafetera. ¿Quién no siente fortalecida su fe en la resurrección y la inmortalidad ante una historia como esta? ¡Quién sabe qué vida hermosa y alada, cuyo huevo enterrado por las eras de las eras debajo de varias capas concéntricas de madera en la seca vida

muerta de la sociedad, depositado en un principio en la albura del árbol verde y vivo, gradualmente convertido en la apariencia de su acondicionada tumba —una vida a la que quizás la azorada familia del hombre, sentados a la mesa para algún festejo, haya escuchado roer durante años—, pueda aparecerse inesperadamente salido del mueble más vendido y trivial de la sociedad, para disfrutar al fin su perfecta vida de verano!

Walden, “Conclusión”

No hay otro remedio para el amor que el de amar más.

Diarios, 24 de julio de 1839

Qué lejos parece hoy la primavera; quizás más lejos que nunca, con este calor y esta sequedad que son lo opuesto a ella. Hoy no puedo ni pensar en ir donde juntaba flores en abril y mayo; allí hay ahora una tierra reseca o árida o de otoño. El reinado húmedo quedó atrás hace ya mucho tiempo. Por varios meses, el año siente la influencia de las nieves invernales y las largas lluvias de la primavera, ¡pero qué cambiado está ahora! Es como otra era fabulosa hacia donde mirar, cuando las venas de la tierra se llenaban de humedad y las violetas estallaban en la ladera de cada colina. La primavera es el reinado del agua; el verano, del calor y la sequedad; el invierno, del frío.

Diarios, 24 de julio de 1853

Los frutos de bosque del Vaccinium vacillans son bien grandes y abundantes este año en Fair Haven, donde me encuentro. En

verdad, esta especie de arándanos y los Gaylussacia y también las moras son muy abundantes en esta zona. La Naturaleza da lo mejor de sí para alimentar al hombre. El viajero no necesita alejarse demasiado del camino para juntar todas las que quiera; en cada arbusto y enredadera, abundan las frutas deliciosas. Por una vez, el hombre se encuentra en una relación con la Naturaleza parecida a la de los animales, que se sirven y comen al pasar. Los campos y las colinas son una mesa permanentemente servida. Vinos de todo tipo y calidad, del linaje más noble, embotellados con la cáscara de infinidad de frutos, para la degustación de hombres y animales. Al hombre parecen ofrecerse no tanto como alimento, sino más bien como algo para socializar, para hacer un picnic con la Naturaleza: alimento, bebida, tónicos, vinos. Recolectamos y comemos a Su salud. Es un sacramento, una comunión. Los frutos no prohibidos, no necesitamos que nos tiente una serpiente para probarlos. Sabores suaves e inocentes, que nos acercan a la Naturaleza, nos hacen huéspedes en su mesa y nos habilitan ante su mirada y protección. Es una saturnalia, y nos sumergimos en sus licores deliciosos a cada paso.

Diarios, 24 de julio de 1853

Por mi relación tan íntima con la naturaleza, me alejo del hombre. Mi interés por el sol y la luna, por la mañana y la noche, me obliga a la soledad.

El cuadro más grandioso del mundo es el cielo del atardecer. Cuando el espíritu está en su ánimo más elevado, ¿acaso hay hombre con quien podría uno encontrarse? Estamos forzados a aislarnos necesariamente. La mente que percibe con claridad cualquier tipo de belleza natural queda, en ese mismo instante, alejada de la sociedad humana. Mi deseo de sociedad es grande hasta el infinito, mi posibilidad de encajar en una sociedad concreta es reducida.

Diarios, 26 de julio de 1852

Vuelvo a registrar el sonido de los grillos o las langostas proveniente de los alisos, etc., por este tiempo en que se abren las primeras flores de áster; lo cual nos pone en un estado fructíferamente meditabundo, ayuda a condensar nuestros pensamientos, como un mildiu[15]

de la tarde. Esta, la tarde del año. ¡Qué aptos que somos para que se nos recuerden las tardanzas, aun si no pasó ni la mitad del año! Unos objetos tan pequeños visitan la corriente difusa de nuestro pensamiento y lo llevan a una pausa: eso nos fascina. Son aquellos frutos como la música, la poesía, el amor, que da la humanidad.

Diarios, 26 de julio de 1853

Debemos pensar de manera sagrada, con devoción. Esa es una cosa, al menos, en la que podemos ser magnánimos. ¿No podría acaso cada uno de los hombres tener un asunto privado del que ocuparse grandiosamente, sin apremios?

Diarios, 27 de julio de 1852

Soy de pensar que la estación culminó cerca de mediados de este mes, que antes el año era de una promesa indefinida, pero que, después de los primeros calores intensos, pospusimos la realización de varias de nuestras esperanzas para este año y, una vez alcanzada la cumbre del verano, comenzamos a descender la larga cuesta hacia el invierno, la tarde y el declive del año.

Diarios, 28 de julio de 1854

¿Acaso no nos recuerdan al otoño todas las flores que abren después de mediados de julio? Pasada la mitad del verano, tenemos un sentimiento de atraso, como si todos hubiésemos estado ociosos, y tendemos a ver en cada imagen y a escuchar en cada sonido algún presagio del otoño; así como el adulto que, pasados los cuarenta, empieza a anticipar el fin de la vida.

Diarios, 30 de julio de 1852

AGOSTO

No conocí nunca a un hombre con una mirada libre y saludable sobre la vida, pero los mejores viven en una suerte de luz del sabbat, una tristeza judía. Hasta el mejor pensamiento no carecerá de sombras ni de moralidad. El universo se despliega ante él en diluvios de luz blanca. El aspecto moral de la naturaleza es la peor mala sangre reflejada en el hombre. Para los inocentes, no hay querubines ni ángeles. Ocasionalmente, nos elevamos por encima de la necesidad de virtud hacia una luz matinal inalterable, donde no tenemos que decidir en el dilema del bien y del mal, sino simplemente seguir viviendo y respirar el aire que nos circunda. No hay nombre para esta vida a menos que sea el de la mismísima vitalidad, con su raíz en vita[16]

. El predicador guarda silencio ante esto, y así debe ser siempre, porque quien lo sepa no predicará.

Diarios, 1 de agosto de 1841

Es una tarde deliciosa, en que todo el cuerpo se integra en uno de los sentidos y se inunda de deleite por cada poro. Voy y vengo con una extraña libertad en la Naturaleza, como una parte de ella. Camino por la orilla rocosa del lago en mangas de camisa, si bien está fresco y nublado y ventoso, y no veo nada que me atraiga en especial, todos los elementos me resultan inusualmente agradables. Las ranas toro croan su mugido para anunciar la noche y la nota del chotacabras surge del viento ondulante sobre el agua. La simpatía hacia las hojas del aliso y del álamo que se agitan me deja casi sin aliento y, aun así, como el lago, mi serenidad es ondulante, pero no inquietante [...]

Me es saludable estar en soledad la mayor parte del tiempo. Estar en compañía, hasta la mejor de ellas, pronto me agota y dispersa. Me encanta estar solo. No encontré nunca un acompañante que acompañara tanto como la soledad[17]

. En gran medida, estamos más solos cuando vamos al extranjero rodeados de gente que cuando nos quedamos en nuestra habitación. Un hombre que piensa o trabaja siempre está solo donde sea que esté. La soledad no se mide por las millas de espacio que lo distancian de sus semejantes. El estudiante realmente diligente en alguna de las pobladas colmenas de la Universidad de Cambridge es tan solitario como un derviche en medio del desierto. El granjero puede trabajar solo en el campo o bosque todo el día, rastrillando o talando, y no se siente solo, porque está atareado; pero cuando regresa a casa por la noche no puede sentarse a solas en una habitación, a merced de su pensamiento, y tiene que estar donde "vea más gente", y recrearse y, según cree, recompensarse por el día de soledad que pasó; y entonces se pregunta cómo puede el estudiante pasarse sentado solo en la casa toda la noche y casi todo el día sin sentir tedio o melancolía; pero no se da cuenta de que el estudiante, si bien en casa, está trabajando sus campos y talando su bosque, como el granjero los suyos, y a su vez busca la misma recreación y sociedad que este último, aunque quizás de modo más condensado.

Walden, "Soledad"

Siento necesidad de profundizar el curso de mi vida; debo cultivar la privacidad. Me dispersa demasiado estar con personas mucho tiempo. Como dice C., los pensamientos del hombre van atemperándose si pasa demasiado tiempo en sociedad. No desperdicio mi rayo de luna ni mis montañas por el mejor de los hombres que podría obtener a cambio.

Ahora tengo ganas de hacer una caminata nocturna para meditar... A medida que subo por la colina, rodeado de sus sombras, mientras

el sol se pone, soy apaciguado por la quietud deliciosa del anochecer, excepto que en las colinas sopla el viento. Me sorprendió el sonido de mi propia voz. La atmósfera se llena de pensamiento, tanto que oprime. Por primera vez en al menos un mes, recuerdo que el pensamiento es posible. Se silencia el barullo de la trivialidad. Floto por encima de las profundidades del silencio, o las atravieso. Es el primer silencio que oigo en un mes. Mi vida había sido un río Platte, que salpica la arena de sus anchas orillas, pero es inútil a toda navegación a gran escala, y sin embargo de pronto se convirtió en un océano insondable. Se sumergió hasta las profundidades más inimaginables.

Diarios, 2 de agosto de 1851

Ese magnífico zumbido de las langostas en la hierba que escucho hace tres o cuatro días es, creo yo, un sonido de agosto y es muy inspirador. Sugiere cierta madurez del año. Mis pensamientos son menos crudos gracias a él. Hay cierta moral y cierta parálisis y entumecimiento físicos hacia la mitad del verano.

Diarios, 2 de agosto de 1859

Escucho un grillo que canta en la sombra, también el sonido de un piano a lo lejos. La música me recuerda eras heroicas imaginadas, me sugiere ese tipo de ideas sobre la vida humana y el campo que sustenta, así como los pocos pasajes poéticos más nobles. Los pocos sonidos interrumpidos que me llegan por entre los árboles sugieren los mismos pensamientos y las mismas aspiraciones que toda melodía, no importa con cuál de los sentidos se la aprecie. Me afecta. ¡Qué colorido de variada belleza e intensidad admite nuestra vida! ¡Cómo la moldea y la pinta un pensamiento! Si quedamos impresionados ante alguna vaga visión, por decir, elevados a una esfera más gloriosa de la vida, dejamos de reconocer la actual y

podemos negar su existencia. Quizás decimos que estamos bajo el influjo de un encanto. Pero lo que me impresiona es el hecho de que este encantamiento no es ilusión. En lo que respecta a la verdad, es un hecho del mismo orden del que llamamos nuestra existencia concreta, pero es un hecho mucho más elevado y glorioso. Es evidencia de que existe esa esfera, esas posibilidades. La verdad y la realidad son las que me afectan. La vibración de las cuerdas de un piano más allá de las huertas y a través de los olmos. Con el tiempo, la melodía se escabulle dentro de mí. No sé exactamente cuándo comenzó a ocuparme. Por alguna coincidencia fortuita del pensamiento o la circunstancia, estoy en sintonía con el universo, tengo las cualidades necesarias para escuchar, mi ser se mueve en una esfera de melodía, mi fantasía e imaginación están estimuladas hasta lo inconcebible. Esta no es más ya la tierra insulsa que antes pisaba. Es posible vivir una vida más grandiosa aquí mismo; la semilla ya está prendiéndose, ya los nobles caballeros celebran con brío, ya nuestros pensamientos se despiden con orgullo de la llamada vida tangible y sus humildes glorias. Es el momento del veredicto de un alma saludable. Pero el alma enferma dice que solo su propia visión y su propia vida son verdaderas y juiciosas. ¡Qué aspecto tan diferente infunde el coraje sobre las cosas! Sugiere lo que produciría un flujo perpetuo del espíritu.

Diarios, 3 de agosto de 1852

Los saucos empiezan a madurar y sus tallos se doblan. También veo algunos frutos de la variedad Viburnum dentatum que recién empiezan a colorearse de un lado. Ese colorear o madurar parece descomposición —una mancha oscura—, y lo mismo sucede con el lado que rara vez madura en el viburno desnudo o el dulce; pero aun así lo consideramos maduración en verdad, y no una especie de falsa descomposición, como cuando describimos los tonos del follaje otoñal.

Diarios, 7 de agosto de 1853

¡Qué triviales y poco interesantes y cansadores e insatisfactorios son todos los empleos por los que los hombres pagan en dinero! Los caminos por los que se obtiene dinero, todos, llevan cuesta abajo. Haber hecho algo por lo cual se ganó un dinero es meramente haber estado ocioso de verdad. Si el trabajador no obtiene más que los ingresos que su empleador le paga, se lo engaña, se engaña a sí mismo. Aquellos servicios por los que el mundo está más que dispuesto a pagar son los más desagradables de ofrecer. Es pagarle a alguien para que sea menos que un hombre. El Estado le pagará a un genio solo por servicios que a él le resultan una ofensa. Hasta el poeta laureado de la corona preferiría no tener que celebrar los accidentes de la realeza.

Diarios, 7 de agosto de 1853

¿No afecta el lenguaje al poeta tanto como todos los objetos naturales? Cuando ve una flor o alguna otra cosa que es hermosa o lo afecta por ser un símbolo de su pensamiento, aquello que indistintamente siente o percibe madura hacia otro tipo de organización. Los objetos que observo se corresponden con mi estado de ánimo.

Diarios, 7 de agosto de 1853

¿No sientes que el fruto de tu primavera y verano comienza a madurar, a endurecerse la semilla dentro de ti? ¿No comienzan tus pensamientos también a adquirir cierta consistencia y también sabor y madurez? ¿Cómo podemos esperar una cosecha de pensamiento quienes no hemos tenido un tiempo en que el carácter pasó por un estado de semilla? Ya maduraron algunos de mis pensamientos menores —fruto de mi vida primaveral—, como los

frutos rojos que alimentan las primeras crías de las aves; y otros tantos están maduros y lustrosos prematuramente, como las hojas inferiores de las hierbas que sintieron la sequía del verano.

Diarios, 7 de agosto de 1854

Con el pensamiento, podemos estar con nosotros mismos en un sentido sano. Por medio de un esfuerzo consciente de la mente podemos mantenernos lejos de las acciones y sus consecuencias; y todas las cosas, buenas y malas, nos pasarán por delante como un torrente. No estamos plenamente involucrados en la Naturaleza. Puedo ser tanto la madera a la deriva en la corriente como Indra, que la ve desde el cielo. Puedo quedar afectado por un espectáculo teatral, pero puede que no me afecte un hecho concreto que en apariencia me incumbe mucho más. Solo me conozco a mí mismo como una entidad humana; la escena, por decir así, de pensamientos y afectos; y tengo consciencia de cierta duplicidad por la cual puedo alejarme tanto de mí mismo como de otros. Por intensa que sea mi experiencia, soy consciente de la presencia y de la crítica de una parte de mí que, en definitiva, no es parte de mí sino un espectador, que no comparte la experiencia, pero tiene registro de ella, y que es tanto yo como tú. Cuando el teatro, quizás la tragedia, de la vida se termina, el espectador sigue su camino. En lo que a él respecta, fue algo parecido a una ficción, efecto de la imaginación y nada más. Esta duplicidad nos convierte a veces fácilmente en pobres vecinos y amigos por momentos.

Walden, “Soledad”

Los hombres han identificado, quizás, todas las clases de flores que crecen en este distrito, las han perseguido con ojos de niño hasta dentro de los bosques y pantanos más espesos y oscuros, donde queda defraudado el pincel del artista. ¿Acaso han puesto

proporcional dedicación en arrancar cada una de las flores del pensamiento que un hombre puede producir, comprobar cada sentimiento que un hombre puede experimentar? Los hombres han circunnavegado este globo de tierra y agua, ¡pero muy pocos de ellos han navegado alejados de la vista del sentido común hasta sobrevolar el océano del conocimiento!

Diarios, 8 de agosto de 1852

Cumple con el deber que esté más cerca de ti.

Diarios, 8 de agosto de 1856

Haz aquello que nadie puede hacer por ti. Deja de lado todo lo demás.

Diarios, 9 de agosto de 1850

Cultiva el árbol al que viste dar fruto en tu suelo.

Diarios, 9 de agosto de 1850

No es fácil hacer que nuestra vida sea respetable para nosotros por la actividad que sea. Repetidamente tenemos que retirarnos a nuestro caparazón de pensamiento como la tortuga, de algún modo indefensos, y sin embargo hay algo más que filosofía en ello.

Diarios, 9 de agosto de 1850

Lo peculiar de la vida de un hombre consiste no tanto en la obediencia, sino en la oposición a sus instintos. Ya sea en una dirección o la otra, lucha por vivir una vida sobrenatural.

Diarios, 9 de agosto de 1850

En lo que refiere a la aceptación de lo externo y a vivir la propia vida de lo interno, no pienso demasiado en eso. En esas cuestiones, no dejes que tu mano derecha sepa lo que hace tu mano izquierda. Desembocará en fracaso. Tendría el mismo éxito ponerse a caminar sobre un borde de acero afilado que puede dividirte con un corte limpio en derecha e izquierda.

Carta a Harrison Blake, 9 de agosto de 1850

Esta es la estación de los frutos chicos. Confío, también yo, en estar madurando algunos frutos chicos no menos apetitosos estos meses, que le comunicarán mi sabor a mi estirpe.

Diarios, 9 de agosto de 1853

Las tintineantes notas del jilguero y del tordo charlatán que oímos en estos días son únicas y propias de la estación. No son flores voluminosas, sino más bien pequeños granos de sonido: semillas

maduras de sonido. Es el tintinear de los granos maduros en el cesto de la Naturaleza.

Diarios, 10 de agosto de 1854

¡De qué manera tan mezquina y miserable vivimos la vida mayormente! Le escapamos al destino todo el tiempo, pasándole muy de cerca, como suele decirse. Estamos casi desesperados. Pero como todo hombre, en lo que a riqueza material respecta, aspira volverse independiente o rico, en lo que respecta al espíritu y la imaginación, de igual modo, deberíamos tener algo de capital excedente o vigor de sobra, algo de margen de acción para movernos. ¿Qué tipo de don es la vida sin el espíritu necesario para disfrutarla y degustar su sabor verdadero, si, en lo que respecta al espíritu, estamos siempre constreñidos y endeudados? En nuestro estado habitual no tenemos, por decir así, suficiente aire para respirar, y esa pobreza condiciona nuestra piedad; pero deberíamos tener más aire que el mínimo suficiente y respirarlo sin preocuparnos. La pobreza es la regla. Deberíamos, antes que nada, estar llenos de vigor como un caballo fuerte y también tener el espíritu aventurero y libre de su jinete; es decir, deberíamos tener una reserva de elasticidad y fuerza que nos permitiera pasar en cualquier momento a nuestra máxima velocidad y superar nuestros límites habituales.

Diarios, 10 de agosto de 1857

Este fue mi curioso trabajo durante todo el verano: hacer que esta parcela de la superficie de la tierra, que no había rendido hasta aquí otra cosa que potentilla, mora, hipérico y hierbas similares, así como dulces frutos salvajes y flores agradables, produjera en cambio estas legumbres. ¿Qué aprenderé de las habas o ellas de mí? Las cuido, las limpio con el rastrillo, estoy atento a ellas mañana y

tarde; y esa es mi tarea del día [...].

Quitar las malas hierbas, colocar tierra fértil junto a los tallos de las habas y darle ánimo a este hierbajo que sembré, para que el suelo amarillo expresara su pensamiento veraniego en forma de hojas y capullos de haba en lugar de ajenjo, hoja santa y mijo perla, y que la tierra dijera habas en lugar de pastos: ese era mi trabajo diario. Como tenía poca ayuda de caballos o ganado u hombres o niños contratados, o mejores implementos para la agricultura, yo iba mucho más lento, e intimaba con mis habas mucho más de lo habitual. Pero el trabajo manual, aun cuando alcanza la categoría casi de trabajo pesado, quizás no sea el grado más extremo de ociosidad. Tiene una moral constante e imperecedera y proporciona al estudioso un resultado clásico.

Walden, “El campo de habas”

No todos los libros son tan insípidos como sus lectores. Es probable que existan palabras dirigidas exactamente a nuestra condición, las cuales, si pudiéramos en verdad oírlas y comprenderlas, serían más beneficiosas a nuestra vida que la mañana o la primavera y posiblemente nos brindarían una nueva perspectiva sobre las cosas. ¡Cuántos hombres han comenzado una nueva era en su vida a partir de la lectura de un libro! Quizás exista para nosotros el libro que explique nuestros milagros y nos revele otros tantos por venir. Puede ser que las cuestiones más impronunciables hasta aquí las encontremos pronunciadas en algún lugar. Las mismas preguntas que nos perturban y conflictúan y confunden fueron hechas a su vez por todos los hombres sabios, sin omitir ni una; y cada hombre las ha respondido, según su capacidad, con sus palabras y su vida.

Walden, “Leer”

No leí libros el primer verano, sembré habas. En realidad, no, por lo general hice algo mejor. Había ratos en que no podía permitirme sacrificar el florecer del momento presente ante ningún trabajo, de la cabeza o las manos. Adoro que mi vida tenga un margen amplio. A veces, en las mañanas de verano, después de mi baño habitual, me sentaba al sol en el umbral de la casa desde el amanecer hasta el mediodía, ensimismado en ensueños, entre los pinos y nogales y zumaques, en la inalterada soledad y quietud, mientras los pájaros cantaban a mi alrededor o revoloteaban por la casa sin hacer un solo ruido, hasta que, por la caída del sol en mi ventana al oeste o por el ruido del carro de algún viajero en la carretera lejana, me acordaba del paso del tiempo. Yo crecía en esos períodos como el maíz por la noche, y eran mucho mejores de lo que hubiera sido cualquier trabajo manual. No era un tiempo que se restara de mi vida, sino más bien mucho más que mi asignación temporal habitual. Me di cuenta de lo que los orientales consideran contemplación y de la renuncia a las obras. Mayormente, no me preocupaba por cómo se iban las horas. El día avanzaba como para iluminar alguno de mis trabajos; de pronto era de mañana y... ¡epa!, ahora ya es de noche, y no se ha alcanzado nada memorable. En lugar de cantar como los pájaros, sonreía yo en silencio ante mi incesante buena fortuna.

Walden, “Sonidos”

Las primeras manzanas empiezan a madurar bien a comienzos de agosto, pero pienso que ninguna de ellas es tan buena para comerlas como otras para olerlas. Solo una de ellas es más valiosa para aromatizar tu pañuelo que cualquier perfume de los que venden en las tiendas. La fragancia de algunas frutas no se olvida, como la de las flores. Cualquier manzana corriente que recoja por el camino tiene una fragancia que me recuerda a todas las riquezas de Pomona, me transporta a aquellos días en que se las juntará en pilas doradas y rojizas en los huertos y cerca de los molinos moledores de sidra.

Una o dos semanas después, si vas caminando por los huertos o

jardines, en especial al atardecer, y pasas por una pequeña zona poseída por la fragancia de las manzanas maduras, así las disfrutas sin precio y sin robarle a nadie.

Hay, de esta forma, respecto a todos los productos naturales, cierta cualidad volátil y etérea que representa su valor más alto y que no puede ser trivializada, o comprada y vendida. No hay mortal que haya disfrutado jamás del sabor perfecto de alguna fruta, y solo quienes se asemejan a los dioses entre los hombres comienzan a degustar sus cualidades ambrosíacas. Porque néctar y ambrosía son solo esos sabores delicados de toda fruta terrenal que nuestros toscos paladares no logran percibir, al igual que ocupamos el cielo de los dioses sin saberlo[18]

. Cuando veo a un hombre particularmente mezquino llevar una carga de deliciosas y fragantes manzanas tempranas al mercado, me parece ver un enfrentamiento entre él y su caballo, por un lado, y las manzanas, por el otro, y según mi parecer las manzanas siempre ganan. Plinio dice que las manzanas son de las más pesadas de todas las cosas y que el buey empieza a transpirar solo de ver un cargamento. Nuestro arriero empieza a perder la carga en el mismo momento en que trata de trasportarlas a donde no pertenecen, es decir, cualquier lugar excepto el más hermoso. Si bien de tanto en tanto sale a tocarlas y piensa que están todas ahí, veo la corriente de sus cualidades evanescentes y celestiales subir al cielo desde su carro, al tiempo que solo pulpa y piel y centro van al mercado. No son manzanas, sino un resabio. ¿No son todavía estas acaso las manzanas de la diosa Idun, cuyo sabor mantiene por siempre jóvenes a los dioses? ¿Y acaso piensas que permitirán a Loqui o Thjassi llevárselas a Jötunheim mientras se arrugan y resecan? No, porque el Ragnarök, el momento de la destrucción de los dioses, no llega aún.

“Manzanas salvajes”

Hay frutos del bosque que los hombres no usan, como las aronias,

que acá en Hubbard's Swamp crecen por todas partes y oscurecen los arbustos. ¡Nos sentimos tanto más enriquecidos por esta abundancia y exceso desaprovechados! La Naturaleza no nos parecería tan rica, ni el exceso tan rico, si tuviéramos un uso para cada una de sus cosas.

Diarios, 11 de agosto de 1853

Me crucé con ___, quien estaba en un estado bastante locuaz (y con aliento a ron). Se quejaba de que sus hijos no se hubiesen casado. Me contó la edad en que él se había casado (treinta y tantos), que la esposa le había dado ocho hijos antes de morir y que, en ese aspecto, demostró ser una verdadera mujer, etc., etc., etc. Me di cuenta de que era imposible hablar de matrimonio con ese hombre —con la mayoría de los hombres—, tal como hablar de poesía. Sus ventajas y desventajas no son las que se habían imaginado. Su matrimonio es prosa o algo peor. Estar casado debería ser, al menos, el único acto poético en la vida de un hombre. Si uno fracasa en este aspecto, ¿en cuál se podría triunfar? El matrimonio que la mayoría de los hombres comprende no es mucho más que el matrimonio de las bestias. Sería igual de adecuado para ese hombre ponerse a aleccionar sobre el amor entre las flores, cuando las considera heno para sus bueyes.

Diarios, 11 de agosto de 1853

¿Qué nombre le pondremos a este momento del día, a esta hora de la tarde bien demorada, o a este anochecer muy temprano, a este momento sobrio y plácido del día, el más favorable para la reflexión, ya pasados el calor insufrible y el bullicio del día, y anterior a la humedad y penumbra de la noche? ¡La hora serena, la hora de las Musas, el momento de reflexión! Por lo común, es profanada por convertirse en la hora del té. Comienza, quizás, con

la condensación más temprana de la humedad en el aire, cuando se observan por primera vez las sombras de las colinas y la brisa empieza a descender, y los pájaros empiezan a cantar otra vez. El momento pensativo. Es más temprano que el de la “casta tarde” del poeta[19]

. Los murciélagos no aparecen aún. No hay penumbra. Todavía no hay rocío sobre la hierba y menos aún estrellas tempranas en el cielo. Es el punto de inflexión entre la tarde y la noche. Los pocos sonidos que se oyen ahora, cerca o lejos, son deliciosos. No hay más penumbra ni está más oscuro, sino más claro que antes. El aire clareado por la condensación de la niebla hace aún más que equilibrar el aumento de las sombras. La casta tarde recién está preparándose con su “dedo de rocío” para cubrir todas las cosas con “su velo gradual de penumbras”. Aún no sucede que “el labrador lleve a casa sus pasos cansinos”, ni salieron las lechuzas y los escarabajos. Es una temporada algo más temprana que la celebrada por los poetas. No hay tal sensación de tardanza ni de noche que se acerca como ellos describen. Quiero decir, cuando los primeros emisarios de la Tarde vienen a pacificar lagos y arroyos. El poeta se eleva y recoge sus pensamientos. Pospone indefinidamente la hora del té. El pensamiento ha tomado su siesta. Cada sonido tiene un amplio y profundo alivio de silencio.

Diarios, 11 de agosto de 1853

Cada vez que recuerdo mis días de primavera y verano hasta aquí no siento más que un dolor punzante. No estuve levantándome temprano. La sociedad parece haberme invadido y superado. Tomé tés y cafés y me volví ordinario y vulgar. Mis días fueron un constante mediodía, sin mañanas ni noches sagradas. Deseo levantarme temprano desde ahora, vincularme con quienes tengan una influencia edificante, tener tales sueños y pensamientos al despertar que hagan que mi dieta no me sea indiferente.

Diarios, 13 de agosto de 1854

Acabo de regresar de una excursión pedestre en cierto modo similar a la que usted propone, parvis componere magna[20]

, a las montañas de Catskill, por encima de las principales montañas de este estado, durante la cual sobreviví mayormente a pan y frutos rojos y dormí en las cimas de las montañas. Como suele suceder, ahora siento una leve sensación de disipación. Aun así, su propuesta me atrae fuertemente, y experimento un profundo cisma entre mis tendencias externas e internas. Su método de viaje, en particular —vivir en la ruta, como ciudadanos del mundo, sin premura ni planes frívolos—, me lo propuse en sueños varias veces, y aún lo hago. Pero el hecho es que no puedo posponer tan decididamente la exploración de Oriente o de las Farther Indies que, como bien sabrá usted, deben alcanzarse por otras vías y métodos de viaje. Lo que quiero decir es que constantemente experimento cierto desagrado al regreso de cada una de mis empresas al exterior, vuelvo a la fe renovada en una suerte de vida brahmánica, artesiana, de templo interior. Toda mi experiencia, como probablemente la suya, no hace más que comprobar esta realidad.

Carta a Isaac Hecker, 14 de agosto de 1844

Este es el resultado de mi experiencia de cultivo de habas: se planta el pequeño arbusto de haba blanca común cerca del primero de junio, en hileras de tres pies separadas cada dieciocho pulgadas, con cuidado de seleccionar semillas frescas, redondas y sin mezclar con otras. Primero, debe verificarse que no haya gusanos y retirarse las plantas enfermas reemplazándolas por nuevas en los huecos. Después, si es un sitio expuesto, cuidado con que no haya marmotas, porque roerán las primeras hojas tiernas sin dejar nada y, después, lo volverán a hacer cuando aparezcan los primeros zarcillos del tallo, ellas se dan cuenta y arrasan con todo: con yemas

y legumbres jóvenes, sentadas erguidas como ardillas. Pero, sobre todo, hay que cosechar lo antes posible, para escapar a las heladas y tener una cosecha buena y vendible; podrán ahorrarse grandes pérdidas por este medio.

Adquirí una experiencia más: me dije a mí mismo, no plantaré habas y maíz con tanta dedicación otro verano, sino semillas tales como la sinceridad, la verdad, la sencillez, la fe, la inocencia y otras por el estilo, siempre y cuando no se hayan perdido, y comprobaré si crecen en este suelo incluso con menos esfuerzo y abono, y si me sirven de sustento, porque seguramente estas cosechas no se agotarán. Ay, me dije, pero ahora ya pasó otro verano, y otro, y otro, y estoy obligado a decirte, Lector, que las semillas que planté, si en realidad eran las de aquellas virtudes, quedaron agusanadas o perdieron vitalidad y no germinaron.

Walden, “El campo de habas”

Siento como si este frescor en el aire me hiciera bien. ¡Pero si solo hace que mi vida se vuelva más pensativa! ¿Por qué debería asociarse el estado pensativo a la tristeza? Hay cierta tristeza fértil que yo no evitaría, sino más bien perseguiría con dedicación. A mí sin duda me causa alegría. Me salva de volverme banal. Mi vida fluye en una corriente más profunda, deja de ser un arroyo de aguas bajas y alborotadas, resecas y encogidas por los calores veraniegos. Este frescor viene a condensar el rocío y a clarear la atmósfera. La quietud parece más profunda y significativa. Cada sonido parece emitirse de un aire cada vez más pensativo en la naturaleza, como si la naturaleza hubiera adquirido cierto carácter y capacidad de pensamiento. El grillo, el arroyo burbujeante, el viento frenético entre los árboles, todos me hablan discretamente, aunque también con gran promesa, del progreso constante del universo. Tengo, de un momento a otro, el corazón en la boca, ante el sonido del viento en el bosque. Yo, que hasta ayer tenía una vida inconstante y trivial, de pronto recupero el espíritu, mi espiritualidad, gracias al oído. Veo un jilguero que pasa piando en medio del día silencioso y apagado, y me viene el recuerdo de las bandadas llenas de trinos

que pronto harán entrar la estación pensativa. ¡Ah! ¡Si pudiera vivir de modo tal que no hubiera ni un momento inconstante en toda mi vida; que en la estación trivial, cuando maduren los frutos más chicos, también maduren mis frutos; que pudiera acompañar siempre a la naturaleza con mis estados de ánimo; que en cada estación, cuando una parte en especial de la naturaleza florezca, una parte de mí que se corresponda con ella no dejara de florecer! ¡Ah, caminaría, me sentaría y dormiría con natural piedad! ¡Cómo sería poder orar en voz alta o para mis adentros, cuando camino por la orilla de los arroyuelos, una plegaria alegre como los pájaros! De tanta alegría, podría abrazar la tierra; me deleitaré cuando me entierren en ella.

Diarios, 17 de agosto de 1851

Sin duda, hay algo del orden de la realeza en el mes de agosto.

Diarios, 18 de agosto de 1852

Hoy y hace algunas semanas (el 3 de agosto) percibí el aroma fuerte y revitalizador de las nueces verdes, tan penetrante y tonificante al espíritu, la fantasía y la imaginación; recuerda al árbol que tiene la raíz bien hundida en las entrañas de la naturaleza. Su cáscara es, en concreto y por asociación, apasionante de oler, trae un vigor intenso, nativo y almendrado. Un fruto del que me alegro por nuestra zona y su producción, parecido a la nuez moscada del Oriente. Adquiero algo de la dureza y elasticidad del nogal cuando lo huelo.

Diarios, 18 de agosto de 1852

¿Qué significa este sentido de tardanza que nos invade hoy de este modo, como si el resto del año fuese cuesta abajo y, si no hubiéramos logrado nada hasta aquí, no deberíamos hacerlo ahora? La estación de las flores o la promesa puede considerarse terminada, y llega la estación de los frutos, pero ¿dónde está nuestro fruto? La noche del año se acerca. ¿Qué hemos hecho con nuestro talento? La naturaleza entera nos urge y reprueba. ¡Qué pronto en el año empieza a ser tarde! El sonido de los grillos, hasta en primavera, nos hace latir el corazón con su desagradable reproche, al tiempo que nos motiva con su oportuna advertencia[21]

. No importa si nos hemos quedado atrás por poco, parece irremediablemente tarde. El año está lleno de advertencias sobre su corta duración, igual que la vida. El sonido de tantos insectos y la visión de tantas flores nos afecta: el canto del grillo y la visión de la prunela y del diente de león de otoño. Dicen: “Porque viene la noche en la que nadie puede trabajar”[22]

.

Diarios, 18 de agosto de 1853

Cuando ando por las laderas de las colinas por los campos de árboles jóvenes, en medio de las flores de Solidago stricta, buscando las moras que quedan después de la lluvia, bajo un sol tan cálido como siempre, pero con aire fresco, oigo el chillido agudo constante (no intermitente) del que pienso es un grillo del aliso, claro, fuerte y otoñal, un sonido de la estación. Se oye, pero no se ve. Me recuerda a otoños anteriores y al paso del tiempo, sugiere una melancolía agradable y reflexiva, como el sonido del mayal. Tanta preparación, tanta vestimenta tiene nuestra vida, ¡y tan poco nos llega a pasar!

Diarios, 18 de agosto de 1856

En lo que respecta a las cuestiones esenciales, nunca tuve ocasión de cambiar de parecer. El aspecto del mundo varía año tras año, y el paisaje se viste diferente, pero yo encuentro que la verdad sigue siendo verdad, y nunca me arrepiento del énfasis que pudo haber inspirado. Ktaadn[23]

sigue ahí donde estaba, pero más seguro aún lo que se mantiene donde estaba es mi antigua convicción, sostenida sobre algo más que aire de montaña y ponderaciones sobre el mundo, la fuente de los arroyos que fertilizan el suelo todavía y el sustento de gloriosas vistas desde la cima, si logro volver a escalar hasta allí.

Carta a Harrison Blake, 18 de agosto de 1857

¿Qué es la religión? Eso que jamás se nombra.

Diarios, 18 de agosto de 1858

El poeta debe atender constantemente su propio estado de ánimo, así como el astrónomo atiende el aspecto de los cielos. ¿Qué no esperar de una larga vida fielmente vivida de este modo? Hasta el observador más humilde vería alguna estrella fugaz. Una descripción fiel, como la de cualquier persona desinteresada, de los pensamientos que visitaron cierta mente en setenta años, como cuando se registra la cantidad y el tipo de vehículos que pasan por un punto en particular. Al igual que los viajeros van por el mundo y registran objetos y fenómenos naturales, que con la misma fidelidad alguien se quede en casa y registre los fenómenos de su propia vida: que catalogue las estrellas, esos pensamientos cuya órbita se calcula tan rara vez como la de los cometas. No importa si la que visitan es mi mente o la tuya —si el meteoro cae en mi campo o el tuyo—

siempre y cuando caiga del cielo. (No me preocupa expresar ese tipo de verdad que la Naturaleza ya ha expresado. ¿Quién sabe quizás yo pueda sugerirle algunas cosas? Hubo un tiempo en que ella se encomendaba a tales sugerencias provenientes de otros sitios, como demuestra su avance presente. Yo reparto las verdades que se me entregan —las que me agradan—, y no meramente aquellas que un sistema cualquiera vota aceptar.) Un diario meteorológico de la mente. Tú observarás lo que suceda en tu latitud; yo, en la mía.

Diarios, 19 de agosto de 1851

La hierba de los pastizales altos está casi tan seca como el heno. Las estaciones no cesan su ciclo ni por un momento, y entonces la Naturaleza no descansa más tiempo en su punto de culminación de lo que descansaría en cualquier otro momento. Si no sales en el instante preciso, puede que el verano pase sin que lo veas. ¡Cuánto del año es primavera y otoño! ¡Cuán poco puede llamarse verano! No bien crece el pasto, ya empieza a marchitarse.

Diarios, 19 de agosto de 1851

Iba a quedarme sentado o tumbado todo el día en casa, pero me parece sabio cultivar un espíritu animal, embarcarme en empresas que empleen y recreen el cuerpo entero. Que el espíritu divino, como el cazador con su clarín, acompañe al espíritu animal que desea recorrer el bosque y la pradera. Hasta a los dioses y las diosas, a Apolo y Diana, se los encuentra en los campos, aunque sean superiores al perro y al venado.

Diarios, 19 de agosto de 1853

Es un día glorioso y por siempre memorable. Observamos con atención los primeros días radiantes en primavera, pero no tanto en otoño. Podríamos esperar que los primeros días despejados después de tanta lluvia sean destacables. Es un día que afecta el espíritu de los hombres, pero no hay nadie más que lo disfrute salvo nosotros. ¿Qué les importan los días radiantes al buey labrador y al hombre labrador? Y el segador del heno que regresa a casa por la noche, ¿sabrá él que hoy ha sido un día tan hermoso? El día en sí ha sido el gran fenómeno, pero ¿acaso se informará de él en la prensa, como se informa la tormenta y el calor? Es como una enorme y hermosa flor sin nombre. Veo a un hombre podar los sauces de la carretera elevada de Sudbury y a otros que levantan con horquetas el heno del agua en medio de toda esta claridad y este brillo, pero ¿tienen consciencia acaso del esplendor de este día? La mayoría de los hombres, que viven en casas o tiendas o se doblan sobre su trabajo al aire libre, nada saben de los días hermosos que les pasan en derredor y por sobre la cabeza. Un día como este ¿no amerita un himno, acaso? Es un día tal que la humanidad podría pasarse alabando y glorificando la naturaleza. Podría pasarse como un sabbat natural; si tan solo todos los hombres aceptaran el indicio, podrían dedicarse a pensamientos no mundanos. El primer día resplandeciente del otoño, el reflector de la tierra. Las nieblas del día de la canícula ya pasaron, la tierra lavada brilla, el aire más fresco envuelve al hombre. No hay día de verano tan hermoso como los días más claros de la primavera y el otoño.

Diarios, 19 de agosto de 1853

Así como cerca del anochecer del día los lagos y arroyos están calmos, en el otoño, el anochecer del año, las aguas alcanzan una calma más perfecta que en ningún otro momento. El día es un epítome del año.

Diarios, 19 de agosto de 1853

Ya sea que el hombre pase sus días en el éxtasis o en el abatimiento, debe hacer algo para dar muestra de ello, así como hay piel y huesos que dan muestra del hombre. Somos superiores al gozo que experimentamos.

Carta a Harrison Blake, 19 de agosto de 1853

El clima todavía es fresco, con viento del noroeste. Este clima preanuncia el otoño. Hay más sombra en el paisaje que una semana atrás, creo yo, y el canto del grillo suena fresco y continuo.

La hierba y el follaje y el paisaje en general son de un color aún más inspirador del pensamiento, sugieren lo que algunos llamarían quizás una agradable melancolía.

Diarios, 19 de agosto de 1858

Los moralistas dicen de los hombres: los conocerás por sus frutos; pero los botanistas dicen de las plantas: las conocerás por sus flores. Eso está muy bien, en líneas generales, pero tendrían que hacer algunas excepciones si el fruto fuera más delicado que la flor. Deben compararse en ese estadio en que son más significativos al hombre.

Diarios, 21 de agosto de 1852

El colorearse y enrojecer las hojas al acercarse el otoño es interesante; como si el sol hubiera prevalecido tanto que hasta las hojas, mejor tarde que nunca, se convierten en flores: así de llena de jugo maduro, la planta entera se convierte en definitiva en una flor, y todas sus hojas son pétalos que rodean al fruto o la semilla seca. Una segunda floración para celebrar la madurez del fruto. La primera para celebrar la edad de la pubertad, la edad de casarse; la segunda, para la madurez de la paternidad, la edad de la sabiduría, la plenitud de los años.

Diarios, 21 de agosto de 1852

Cuando salía a juntar frutos rojos para la cena en las colinas de East Quarter, no comía ni una hasta que terminaba, porque ir de recolección de frutos rojos implica mucho más que comerse los frutos. Los que estaban en casa se quedaban solo con el pastel; yo me quedaba con la mañana al aire libre y el ansia del pastel.

Es verdad, como dicen, que tenemos tan poco derecho a la propiedad privada sobre los frutos rojos como hacia la hierba y los árboles y lo demás; pero lo que más lamento es, finalmente, el resultado que se obtiene, como el del perro del hortelano, porque a la vez que excluimos a la humanidad de la recolección de frutos rojos en nuestros campos, los excluimos de que recojan salud y felicidad e inspiración y cientos de otros frutos mucho más delicados y nobles que los rojos, que tampoco recogeremos nosotros, y que ni siquiera llevaremos al mercado. No hacemos otra cosa que agregar una mancha más en una simple y saludable relación con la naturaleza.

Diarios, 22 de agosto de 1860

La mayoría de los hombres ha olvidado que alguna vez fue de

mañana; solo hay algunas memorias serenas, saludables y vigilantes, que aseguran que el sol se elevó claro, rodeado del anuncio del canto de los pájaros: el sol de este mismísimo día, que se elevó antes de que Memnón estuviera listo para saludarlo.

Diarios, 23 de agosto de 1845

Decídete a no leer ningún libro, ni hacer caminata alguna, ni emprender empresa, salvo aquellos en que logres perdurar de modo que des cuenta de ello ante ti mismo. Vive, de este modo, mayormente con determinación.

Diarios, 23 de agosto de 1851

Cuando observo la negrura del follaje, especialmente desde donde estoy hasta donde hay luz, recuerdo que comienza en primavera, el amanecer de rocío del año, con una sedosidad plateada antediluviana, que cambia a amarillenta o verde claro —la mañana en su bata azafranada— y luego a un verde puro, inmaculado, lustroso, con un envés claro que refleja la luz —la media mañana— y ahora el verde oscuro o la tarde temprana, cuando empiezan a agrandarse las sombras, y después se volverá amarillo o rojo —el cielo del ocaso— y por último, de un marrón y negro marchitos, cuando la noche del año descienda en...

Vuelvo a sorprenderme ante la correspondencia perfecta entre un día —digamos, un día de agosto— y el año. Pienso que puede trazarse un paralelismo perfecto entre las estaciones del día y las del año. Quizás pasada la mediana edad el hombre deja de interesarse por la mañana y la primavera.

Diarios, 23 de agosto de 1853

Los tallos de la hierba carmín ya están maduros. Anduve caminando por un hermoso bosquecillo donde abundan, de seis o siete pies de altura, en la ladera de Lee's Cliff, donde maduraron temprano. Sus tallos son de un púrpura profundo e intenso con brotes, en contraste con las hojas color verde claro. Cada parte excepto las hojas es de un púrpura brillante (púrpura laqueado); o, más estrictamente, los racimos sin el fruto son de un rojo laqueado brillante con reflejos carmesí como llamas. De ahí, la palabra lacca. Sus racimos cilíndricos de frutos rojos de tonos variados del verde hasta el púrpura oscuro, de seis o siete pulgadas de largo, se doblan por todos lados, hermosos con o sin fruto, todos maduros como en llamas. Sus tallos, llenos como están de vino púrpura, son uno de los frutos del otoño. Contemplarlo me exalta. ¡Qué éxito! ¡La madurez que llega a alcanzar, con su madurar desde la hoja hasta la raíz! Ojalá yo madure con tanta perfección, de raíz a rama, como la hierba carmín. Sus tallos son más hermosos que la mayoría de las flores. Es el emblema de una vida exitosa, una muerte no prematura; algo cuya muerte es un adorno a la naturaleza.

Diarios, 23 de agosto de 1853

Vive en cada estación mientras transcurre; respira el aire, bebe la bebida, prueba el fruto y entrégate a la influencia de cada uno. Que sean las únicas bebidas de tu dieta y tu única hierba medicinal. En agosto, vive de los frutos del bosque, no de las carnes secas y el pemicán, como si estuvieras en la cubierta de un buque abriéndote paso en un océano inmenso o un desierto nórdico. Que te impulsen todos los vientos. Abre todos tus poros y báñate en todas las corrientes de la Naturaleza, en todos sus arroyos y océanos, en todas las estaciones. El miasma y la infección vienen de adentro, no de afuera. El inválido, al borde de la tumba por su vida antinatural, en lugar de empaparse de la gran influencia que es la Naturaleza sin más, toma solo del té hecho de una hierba en particular, al tiempo que prosigue con su vida antinatural. No ama a la Naturaleza ni a su vida y por eso enferma y muere, y no hay médico que pueda

curarlo. Brota verde con la primavera, amarillo y maduro con el otoño. Bebe de la influencia de cada estación como de un vial, una verdadera panacea de todos los remedios mezclados especialmente para tu uso personal. Los viales veraniegos jamás hicieron enfermar a ningún hombre, pero sí los que guardaba en su bodega. Bebe los vinos, pero no los de tu propio embotellado, los embotellados por la Naturaleza, y no de los que se guardan en la piel de la cabra o del cerdo, sino de la piel de un sinfín de delicados frutos del bosque. Deja que la Naturaleza te haga el embotellado y las conservas en vinagre y las reservas. Porque la Naturaleza toda hace lo mejor que puede a cada momento para tenernos sanos. No tiene otro propósito que ese para existir. No te resistas a ella. Con la mínima intención de estar bien, ya no deberíamos enfermar. Los hombres han descubierto —o creen que han descubierto— lo curativo de unas pocas cosas silvestres, y no de toda la naturaleza. ¡Pero si "naturaleza" no es otra cosa que otro nombre para la salud, y las estaciones no son más que diferentes estados de la salud! Algunos hombres piensan que no están bien en primavera, o en verano, o en otoño, o en invierno; solo se debe a que no están bien en su interior.

Diarios, 23 de agosto de 1853

Por todas partes en bosques y pantanos ya me vienen los recuerdos del otoño. Veo los helechos y las hojas de zarzaparrilla manchados y, en el pantano, el repollo fétido y el eléboro marchitos y ennegrecidos y, cerca del río, las pontederias y pipas de indio ya ennegrecidas también. No hay meseta donde la Naturaleza descanse a mediados del verano, sino que enseguida comienza el descenso hacia el invierno.

Diarios, 23 de agosto de 1858

Solo deseo relaciones sinceras con mis conocidos más valiosos, que

me den la oportunidad de decir la verdad una vez al año... Quien sea hospitalario me invitará a una atmósfera donde pueda decirse la verdad, donde le sea posible al hombre vivir y respirar.

Diarios, 24 de agosto de 1852

El año no es más que una sucesión de días, y por lo que veo podría asignar un trámite a cada día, y en la sumatoria con otros días serían la historia del año. Todo se hace en su justo momento[24]

y no hay tiempo que perder.

Diarios, 24 de agosto de 1852

Es el acto más valiente que hacemos en un momento: el de poner tanta confianza en nuestro compañero como para tratarlo como lo que aspira a ser.

Diarios, 24 de agosto de 1852

Los enveses de color rojo carmesí brillante en las hojas de los grandiosos nenúfares blancos dados vuelta por el viento en los campos amplios a la orilla del arroyo son una decoración excelente para el arroyo... Es un color muy saludable y, después del verano tan calmo, una visión edificante, junto con un fuerte viento que se oye y se siente, que refresca y condensa los pensamientos. Tiene el efecto de la maduración de una hoja en el río.

Diarios, 24 de agosto de 1854

Dos interesantes hierbas altas de tono purpúreo parecen prevalecer ahora en los campos secos y estériles y abandonados, así como en las laderas de las colinas... Siento compasión hacia ellas porque el granjero las aborrece y están en los suelos estériles y abandonados. También, gracias a sus ricos reflejos o tintes de color púrpura, parecen expresar la maduración del año. Es un color intenso como de uvas maduras y expresa una madurez que la primavera no sugería.

Diarios, 26 de agosto de 1858

Lo que generalmente se llama pobreza, pero que es una relación más simple y verdadera con la naturaleza, le da un deleite particular a la vida, de igual modo que mantenernos con lo mínimo nos da el apetito para comer.

Diarios, 27 de agosto de 1859

En las escrituras hindúes, la idea del hombre es bastante ilimitada y sublime. En ningún otro lado existe concepción más elevada de su destino. Está, en cierta medida, él mismo perdido en Brahma, “el masculino divino”. En realidad, la distinción entre las razas en esta vida es solo el comienzo de una serie de gradaciones que desemboca en Brahma.

El grado de veneración en que se tiene a los Vedas es, de por sí, un hecho digno de atención. Su código abrazaba toda la vida moral de los hindúes, y en casos como estos no hay más verdad que la sinceridad. La verdad es tal en relación con el corazón del hombre por dentro, y no con respecto a algún estándar por fuera.

Diarios, 28 de agosto de 1841

En junio, julio y agosto, los huevos de las tortugas van eclosionando a pocas pulgadas de la superficie en los terrenos arenosos. Mientras se habla de las labores activas, las obras de arte y las guerras del verano pasado, los huevos de las tortugas atraviesan esta conmoción. ¡Qué eventos transcurrieron en la superficie iluminada y aireada a tres pulgadas por sobre ellos! Con el verano abatido y Kansas viviendo una era de suspenso[25]

. ¡Pensar lo que significa un verano para ellos! ¡Han muerto tantos hombres valiosos y los sermones de sus funerales ya están pronunciados desde la última vez que vi a la madre tortuga enterrar sus huevos aquí! Contenían un líquido sin desarrollar entonces, ahora son tortugas. Junio, julio y agosto —el verano entero—, qué pueden ser ellos con sus calores y fiebres más que lo necesario para incubar un huevo de tortuga. No te apresures, ocúpate de tus asuntos privados. Recuerda a la tortuga. Un verano completo —junio, julio y agosto— no es ni demasiado bueno ni demasiado tiempo para incubar un huevo de tortuga. Quizás tú te hayas preocupado, o te hayas desesperado por el mundo, o hayas meditado sobre el fin de la vida, y todas las cosas parecían correr hacia la destrucción; pero la naturaleza ha avanzado constante y serena al ritmo de la tortuga.

Diarios, 28 de agosto de 1856

Tenemos tendencia a olvidar que el sol contempla tanto nuestros campos cultivados como las praderas, sin distinción alguna. Todos reflejan y absorben sus rayos de igual manera, y los primeros conforman solo una pequeña parte del cuadro glorioso que él contempla en su diario recorrido. Desde su punto de vista, la tierra

se cultiva toda por igual como un jardín. Entonces, deberíamos recibir el beneficio de su luz y calor con equivalente confianza y magnanimidad. ¿Qué importa si valoro la semilla de estas habas y si las cosecho en el otoño del año? Este vasto campo al que miré por tanto tiempo no me considera a mí su cultivador principal, sino que ve más allá de mí, hacia influencias que le son más agradables, que lo riegan y lo hacen reverdecer. Estas habas dan resultados que no cosecho yo. ¿No crecen en parte acaso para las marmotas? La espiga de trigo (en latín spica, o su forma obsoleta speca, que viene de spe, esperanza) no debería ser la única esperanza del granero; su semilla o grano (granum, de gerendo, albergar) no es todo lo que alberga. ¿Cómo podría entonces fracasar nuestra cosecha? ¿Acaso no me deleitaré también ante la abundancia de los hierbajos cuyas semillas son granero para los pájaros? Comparativamente, importa poco si los campos llenan los silos del granjero. El verdadero agricultor no se entregará a la ansiedad, así como las ardillas no manifiestan preocupación sobre si los bosques darán castañas o no este año, y terminará su labor al fin del día renunciando al derecho de reclamar el producto de sus campos, y el sacrificio en su mente no solo de sus primeros frutos, sino también de los últimos.

Walden, “El campo de habas”

Ya van varias mañanas en que, temprano, oigo el sonido de un mayal. Me hace preguntarme si pasé una primavera y verano tan industriosos como el granjero, y si coseché siembra tan rica como la de él en experiencia. De ser así, el sonido de mi mayal lo oirán quienes tengan oídos para oírlo, y separarán la paja del trigo todo el otoño e invierno, y su sonido no será menos alegre. Si la sequía destruyó todo el maíz, que no fracase toda la cosecha. ¿Has comenzado ya a trillar tu grano?

Diarios, 29 de agosto de 1854

La frescura y la claridad van de la mano.

Diarios, 29 de agosto de 1854

El caballo fantasma (Huernia zebrina[26]

) comienza a aparecer en estos días; se ven muchos de ellos. Todos estos colores intensos del tallo y otras zonas de las plantas responden a cierta madurez en nosotros. Presumo que, si acaso me volví más sabio por haber vivido esta estación, estas plantas glorificarán la verdad de mi experiencia en la faz de la naturaleza, y tomaré consciencia de que hay belleza y dulzura en ello.

¿Acaso no tiene la mente, también, su cosecha? ¿No caen, esparciéndose, algunas hojas escarlatas del pensamiento, hasta prematuramente, algunas, quizás, ya maduras por la sequía veraniega y desprendidas por la lluvia? ¿No hay acaso alguna reflexión púrpura de los astiles del pensamiento en mi mente?

Diarios, 29 de agosto de 1858

Es una mañana tan fresca que por primera vez me siento al sol a la entrada de la casa. Pero, en este clima más fresco, siento como si el fruto de mi verano se endureciera y fuera madurando de a poco, adquiriendo color y sabor como el maíz y los otros frutos del campo. Cuando comienza a percibirse el aroma de las primeras uvas maduras en las noches frescas, también las primeras brisas más frescas del otoño comienzan a espolvorear mi dulzura por los aires desiertos del verano. Y también ahora los poetas afilan la punta de su pluma. Huelo el aroma de sus primeros frutos en el aire fresco del anochecer del año. Gracias a la frescura, la experiencia del verano se madura y condensa, tanto si nuestro fruto es calabaza como uva. El hombre, también, madura con las uvas y las

manzanas.

Diarios, 29 de agosto de 1859

Ante nuestra vista, de tan corta mira, esta mera vida exterior nos parece una parte constitutiva de nosotros mismos, y no nos damos cuenta de que a medida que el alma se expande aleja la cáscara de la rutina y la convención, que con tiempo no serán más que objetos para las vitrinas de los curiosos. Pero los templos de estas gentes hoy han caído en pedazos, y se nos presenta el núcleo mismo de la vida hinduista y del conventículo primigenio donde las cuestiones que debían decidirse eran el modo de comer y beber y dormir.

La vida simple allí descripta nos confiere un grado de libertad hasta para la pesquisa. Dejamos caer nuestra propia bolsa y seguimos nuestro camino libres de cualquier peso. Deseos tan fácilmente satisfechos, y con tanta gracia, que parecen placeres más refinados y abundancias colmadas.

Diarios, 30 de agosto de 1841

A veces, después de un exceso de encuentros sociales y chismes, y de cansar a todos mis amigos del pueblo hasta el hartazgo, comenzaba a vagar hacia el oeste, aún más lejos de lo que acostumbraba ir, hasta zonas todavía menos frecuentadas de la ciudad, “al fresco bosque y los pastos nuevos”[27]

o, al ponerse el sol, me preparaba mi cena de arándanos de distinto tipo en la colina de Fair Haven y me separaba una buena provisión para varios días. Las frutas no brindan su verdadero sabor a quien las compra, ni a quien las cultiva para el mercado. Solo hay un modo de obtenerlo, pero pocos van en esa dirección. Si quieres conocer el sabor de los arándanos, pregúntale al vaquero o a la

perdiz. Es un error común suponer que probaste los arándanos si nunca los has recolectado. Un arándano jamás llega a Boston, nadie los conocía allí hasta que empezaron a crecer en las tres colinas[28]

. La parte ambrosíaca y esencial de la fruta se pierde con la pelusa que cae con el roce en el transporte en carro al mercado, y se convierte en mero forraje. Por el tiempo en que reine la Justicia Eterna, ni un solo inocente arándano puede trasportarse hasta allá desde las colinas del campo.

Walden, “Los lagos”

Esta tarde salí a recolectar arándanos rojos, principalmente para juntar de los más chicos, los Vaccinium Oxycoccus. Emerson dice que son los arándanos comunes del norte de Europa. Este era mi pequeño objetivo, y no debía posponerlo, por las inminentes heladas, es decir, quería conocer este año el sabor del arándano europeo y compararlo con el nuestro, de tamaño más grande. Pensé que me gustaría preparar una salsa con ellos para la mesa de Acción de Gracias, cuando invite en mi casa. Me costó decidirme a concretar esta salida, parecía un objetivo tan pobre al que dedicar la tarde. Todo el tiempo esperaba un resultado desfavorable: no podía ser que cruzara Great Fields, entrara en Beck Stow y después retrocediera sobre mis pasos sin mayor riqueza que la que tenía al salir. De hecho, no esperaba mucho de esta caminata, sin embargo, se me cruzó la idea de que, de algún modo, justamente por eso (por mi poca expectativa), resultaría bien, al igual que la ventaja de tener un propósito que perseguir, no importa lo nimio que fuese: el de dejar que una sabiduría deliberada y la previsión para la casa en cierto modo guiaran y controlaran mis pasos. Si en verdad quieres tomar una postura por fuera de la vida cotidiana y mundana de los hombres, debes tener planeado tu rumbo con deliberación, debes emprender asuntos que no sean los de tus vecinos, que no los entiendan. Porque solo el empleo absorbente prevalece, tiene éxito, ocupa espacio o acapara territorio, determina el futuro de individuos y de estados, te quita a Kansas de la cabeza, y ocupa a

Kansas de forma permanente y con acciones concretas, al único Kansas deseable y libre que puede haber, frente a cualquier rufián de la frontera. La actitud de resistencia es una actitud de debilidad, en tanto enfrenta a un solo enemigo; le da la espalda a todo lo que es verdaderamente atractivo. Tú tendrás tus asuntos; yo tengo los míos. Tú pasarás la tarde instalando el horno de tu vecino y te pagarán por tu trabajo; yo la pasaré recolectando algunos arándanos rojos de la variedad Vaccinium Oxycoccus que la Naturaleza produce por acá, antes de que sea demasiado tarde, y también a mí me pagarán, pero de otra manera. Siempre coseché beneficios incalculables e insospechados cuando por fin realizo, sin importar cuán tarde, toda pequeña empresa que mi genio me sugiriera tiempo atrás: un paso al costado, no importa lo mínimo que sea, fuera del curso habitual de las cosas.

¡A cuántas escuelas había pensado que podría asistir pero nunca fui! ¡Esperaba inocentemente que recibiría más grandes beneficios o educación! Son estas expediciones comparativamente baratas y privadas las que nos dan sustancialidad a nuestra existencia y engrosan nuestra vida, como un viñedo que toca la tierra en su curso ondulante, echa raíces y agranda su provisión. Nuestro empleo en general consiste en juguetear, remendar la cafetera vieja y gastada de la sociedad. Nuestra materia prima es la soldadura. Mejor para mí, dice mi genio, ir a recolectar arándanos rojos esta tarde en busca del Vaccinium Oxycoccus de Gowing's Swamp, llenarme los bolsillos y conocer su sabor tan peculiar, y así, el sabor de Gowing's Swamp y de la vida en Nueva Inglaterra, que convertirme en el cónsul designado en Liverpool y recibir no sé bien cuántos miles de dólares, sin sabor alguno. Muchos de nuestros días deben pasarse, no elucubrando expectativas vanas y dejando descansar los remos, sino llevando a cabo deliberadamente y con compromiso los cientos de pequeños propósitos que el genio de todo hombre debe haberle sugerido. Que tu vida no esté completa sin un propósito, aunque no sea más que el de aseverar el sabor de un arándano rojo, porque no será solo la calidad de un fruto insignificante lo que habrás probado, sino el sabor de tu vida hasta ese punto, y será la salsa más deliciosa que cualquier riqueza pueda comprar.

Una vida consciente y una inconsciente: ambas son buenas.

Ninguna lo es con exclusividad, porque ambas vienen de la misma fuente. La vida sabiamente consciente brota de una sugerencia inconsciente. Encontré el sentido que tiene el viajar para mí cuando preparé con antelación una lista de preguntas de las que obtendría respuesta, sin basarme en mis intereses del momento, y desde entonces puedo viajar con el mayor beneficio. De hecho, gracias a obedecer las sugerencias de una iluminación interior superior, se logra escapar de uno mismo y en el camino, en definitiva, ver con los lados del ojo con que no solemos ver, viajar por caminos completamente nuevos. ¿Qué tipo de vida simulada es esa que no toma postura ante las cosas, que no ocupa un lugar, que no puede construirse una causa para sus objetivos, que se queda sentada en la orilla, mirando por sobre la ciénaga, canturreando sus deseos?

Diarios, 30 de agosto de 1856

Veo que los hombres no hacen ni eligen sus propios caminos, ya sea que vayan por las vías de ferrocarril o sin sendero alguno en medio del terreno agreste, pero lo que les permiten los poderes, eso es lo que disfruta cada uno. Mi rumbo solitario tiene tanto valor como el Ferrocarril Fitchburg. Si tienen un servicio desde Massachusetts y —lo que es mucho más importante— de Heaven, para recorrer el rumbo asignado y en la forma en que lo hacen, yo tengo un servicio, aunque solo salga de Heaven, para recorrer mi rumbo asignado, tomar los terrenos necesarios y pagar los daños. En ambos casos, es por gracia de Dios.

Diarios, 31 de agosto de 1850

La parte trivial del día pasó. La gran quietud, la serenidad del aire, su frescura y transparencia, el momento en que la neblina se condensa son beneficiosos al pensamiento. (La tarde pensativa). La frescura del anochecer llega para condensar los vahos del mediodía

y volver el aire transparente, y el borde de los objetos nítido y distinguible, y casto (la casta tarde); aun cuando vuelvo a estar vigoroso con mi baño, soy mejor continente de pensamientos. Después de bañarse, incluso al mediodía, un hombre realiza la vida de la mañana o de la noche. El aire del anochecer tiene un efecto como el del baño para la mente y el cuerpo. Cuando camino en vano todo el día bajo el tórrido sol y el mundo ha sido banal por completo —tanto en el campo y bosque como en la carretera—, entonces, por la tarde, el sol baja por el oeste y el viento baja con él y el rocío comienza a purificar el aire y a volverlo transparente, y los lagos y ríos adquieren una quietud cristalina que refleja los cielos, el reflejo del día. Yo también estoy al máximo de mi condición para percibir la belleza. Así, largo tiempo después de alimentarme, comienzan a alimentarse las facultades más divinas, a percibir el alimento en ellas, los nutrientes, y no se oprimen con el peso de la barriga. Es abstinencia de llenar la barriga de nuevo hasta que el cerebro y las facultades divinas renovaron su propio vigor.

Diarios, 31 de agosto de 1851

En el otoño, después de tanto sol, todas las hojas se convierten en pétalos y capullos. El anochecer del año se colorea como el atardecer.

Diarios, 31 de agosto de 1852

Es la parte más gloriosa del día, la más serena, cálida y brillante, y la más sugerente. El anochecer es más bello que la mañana. Es la tarde casta, porque ha tolerado las duras pruebas del día, pero para la mañana ese elogio no era aplicable. Es respiración de incienso. La mañana está llena de promesa y vigor. La noche es pensativa.

Diarios, 31 de agosto de 1852

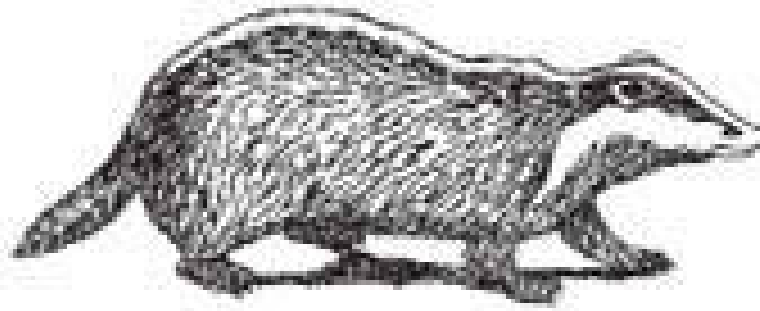
Procedencia de los textos

Los fragmentos correspondientes a los diarios fueron tomados de The Writings of Henry David Thoreau. I. Journal, editado por Bradford Torrey, Cambridge, The Riverside Press, 1906.

Los fragmentos correspondientes a Walden fueron tomados de The Writings of Henry David Thoreau. II. Walden, editado por Bradford Torrey, Cambridge, The Riverside Press, 1906.

Los fragmentos de cartas fueron tomados de The Correspondence of Henry David Thoreau, editado por Walter Harding y Carl Bode, Nueva York, New York University Press, 1958.

Los fragmentos de Historia natural de Massachusetts fueron tomados de Natural History of Massachusetts, Boston y Nueva York, Houghton Mifflin, 1906.

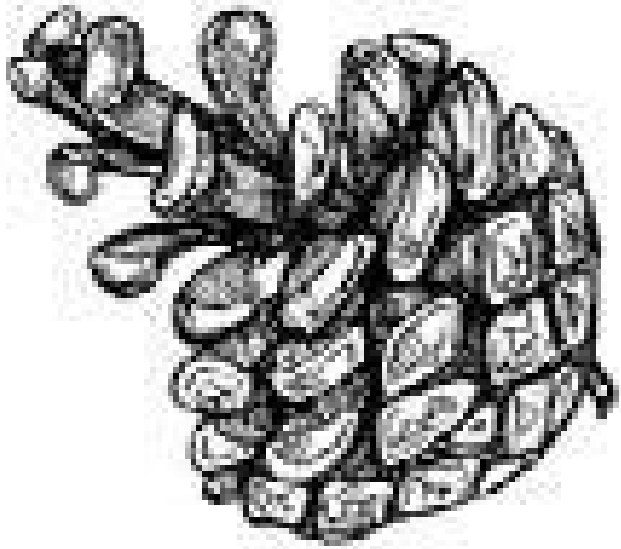


Libro compuesto en tipografías Spectral (Production Type

) y EB Garamond (Georg Duffner) distribuidas bajo licencia OFL

. Roboto Condensed, Copyright 2017, Christian Robertson, distribuida bajo licencia Apache v2.0

.



Queremos hacer libros cada vez mejores, para eso necesitamos saber qué pensás.

Envianos un mail y contanos tu parecer

info@edicionesgodot.com.ar

O respondé una breve encuesta:

bitly.com/edgodot

Si el libro te gustó mucho, te agradecemos que lo recomiendes.

Notas al pie

1

. Leaving out (el resaltado es del autor), posiblemente para vincular con el uso de leaves —hojas— en la oración anterior.

2

. Plants are rapidly growing —shooting (el énfasis es del autor). No es la primera vez que Thoreau juega con el doble sentido de shooting en cuanto al “brotar” de una planta y “disparar”; en este caso, el segundo acompaña la idea de rapidez de crecimiento del verano.

3

. We are conversant with only one point of contact at a time. Thoreau hace uso de esta construcción cuyo sentido principal es “estar versado en” (o tener conocimiento de un tema) y que, por etimología, también se acerca a “estar cerca de”, “tener comunicación”. Así entiende Thoreau la relación entre las estaciones y los pensamientos que generan, y por eso hemos priorizado la segunda acepción.

4

. The sultry hum of insects; la palabra sultry admite los sentidos de “sensual” y “agobiante”. Por tratarse del verano, no nos parece

casual. Sin embargo, no es posible recuperar ambos sentidos en español.

5

. La entrada hace referencia al contexto político de la época: en esta línea, el Norte refiere al conjunto de estados abolicionistas nucleados entre sí en la Guerra Civil; unas líneas más adelante, el Compromiso de Missouri (de 1820, por el cual se incorporó ese estado al sistema esclavista y a Maine como estado libre) y posteriormente a los alcaldes. El Compromiso de Missouri (cuya validez fue cuestionada y finalmente revocada con debates acalorados entre 1850 y 1856) es considerado uno de los factores que sumó a la escalada hacia la guerra civil y una de las primeras instancias en que se llevó la cuestión al Congreso. Los pactos como este consistían en compensar la cantidad de territorios que optaban por el régimen de esclavitud con estados que lo prohibían. Es posible que la crítica de Thoreau haga referencia a la aceptación de estos pactos en lugar de una política de oposición más directa por parte del Norte, que era la postura de varios intelectuales abolicionistas.

6

. Midsummer en el original; consideramos que refiere al solsticio de verano (y no a “la mitad del verano”, en su sentido más literal), porque Thoreau entendía la primavera como la estación de la promesa, el rejuvenecimiento y la floración, que culmina en el solsticio (como describe esta entrada).

7

. En latín en el original, “por estar siempre en caída, nunca cae”.

Thoreau replica esta frase en una segunda entrada el 26 de junio de 1852 (también presente en esta edición, ver p. 30) y, en esa ocasión, la traduce al inglés como by always falling, it never falls. Existen discrepancias sobre si se trata de una cita de Newton o si fue escrita por el mismo Thoreau (posiblemente inspirada en los Principia de Newton, una de sus lecturas). Quienes abogan por lo segundo señalan que el propio Thoreau escribía en latín (por ejemplo, algunas cartas a sus hermanos). Por otro lado, la referencia a Newton no es extraña porque también lo cita en Night and Moonlight, al referirse a las fuerzas gravitacionales entre la luna y la tierra, y cómo influyen en las mareas.

8

. The Cape en el original; se refiere a Cape Cod, ubicado sobre la costa del estado de Massachusetts. Thoreau había realizado al menos siete excursiones allí (el número exacto aún se debate), lo cual dio origen a numerosas anotaciones en sus diarios. En varias se refiere a la planicie visible como boundless (“infinita” o “sin límite”).

9

. Canto tradicional de los pastores suizos para llamar al ganado. La traducción literal es “canto (u oda) a las vacas”.

10

. Existen autores que postulan que Thoreau había leído traducciones al francés de Lao Tsé (posiblemente las de M. G. Pauthier de 1841 o 1842), cuyos aforismos guardan similitud con esta entrada. También en Walden se encuentran citas del confucionismo y hay registro de traducciones propias de pasajes enteros de la versión en

francés mencionada (entre los manuscritos catalogados en la biblioteca de Nueva York).

11

. El pastel de arándanos o huckleberry pudding era una comida típica de la región, y en varios pasajes Thoreau hace referencia y da importancia a la alimentación basada en los productos locales.

12

. “Arándanos” (“Huckleberries”) es un ensayo de los últimos días de vida de Thoreau, que según algunas investigaciones el autor llegó a preparar para su publicación, sin llegar a verla: se concretó finalmente en una edición póstuma de 1862.

13

. Sensuous life en el original; otras versiones ofrecen la traducción “vida sensible” o “vida sensorial”, y es clara la referencia a los sentidos.

14

. German Confederacy en el original; se trataba de una confederación informal de principados alemanes y reinos menores que existió entre 1815 y 1866, antes de que Alemania fuera unificada por Von Bismarck (Thoreau inició su estadía en la cabaña del lago Walden en 1845 y publicó Walden, de donde está tomado este pasaje, en 1854).

15

. Like the meldews in the afternoon en el original (el resaltado es del autor); mediante la inserción de la partícula “mel” en el contexto de dews (rocío), se produce la palabra inglesa para mildiu, que es una forma de hongo que se desarrolla en las superficies húmedas (principalmente un hongo parasitario en forma de moho color blancuzco); es interesante el juego de palabras, donde la idea de condensación se asocia con el rocío y también con los pensamientos.

16

. Thoreau usa el latín (There is no name for this life unless it be the very vitality of vita) para evidenciar la presencia de la raíz latina en la palabra “vitalidad”, a diferencia de su ausencia en life, la palabra en inglés.

17

. I never found the companion that was so companionable as solitude; se trató de mantener el paralelismo al que recurre el autor.

18

. Without knowing it en el texto original; puede traducirse como “sin saberlo” (en el sentido de no saber que ocupamos el cielo de los dioses) o “sin conocerlo” (sin conocer el lugar que ocupamos).

19

. It is earlier than the “chaste eve” of the poet (las comillas están en el texto de partida). Thoreau hace referencia al poema de William Collins (1721-1759), “Ode to Evening”, publicado en 1747, que inaugura una tradición de personificación del atardecer e identificación con lo femenino, los elementos de lo religioso y también lo romántico o erótico. En inglés, las denominaciones del atardecer o anochecer (evening, eve) coinciden en raíz con el génesis, Eva (Eve), y es posible que Thoreau buscara esta asociación que quedaría como “casta Eva”. Sin embargo, como el autor no recurre a la mayúscula, mantuvimos el mismo criterio.

20

. “Emparejar lo chico con lo grande”, verso de Las bucólicas de Virgilio, Primera Égloga.

21

. La palabra que utiliza Thoreau para “oportuna” es seasonable, en consonancia con la referencia a las estaciones (seasons) de todo el segmento.

22

. For the night cometh in which no man may work, de la Biblia autorizada por King James, Juan 9, 4.

23

. Se refiere al monte Katahdin, el más alto de Maine; Thoreau realizó excursiones a él y pasó dos semanas escalándolo en 1846, poco después de vivir en el lago Walden. El autor utiliza la grafía india para nombrarlo, cuyo significado es “la tierra más alta” (highest land), y así lo mantuvimos. En 1850, escribió un largo ensayo que tituló “Ktaadn”, y fue publicado en la Union Magazine of Literature and Art.

24

. La expresión que usa Thoreau es in season, en la que produce un doble sentido entre el usado, “el momento justo”, con el de una fruta o verdura que madura en determinada estación, “de temporada”.

25

. Entre 1854 y 1859 (o 1861, según distintos autores), conocido como Bleeding Kansas (Sangrado de Kansas), se registraron una serie de ataques civiles y guerrilleros entre grupos abolicionistas y proesclavistas en ese estado, dada su posición geográfica y la creciente tensión entre los estados en derredor frente a la esclavitud. La escalada de violencia alcanzó especial magnitud en los meses del verano de 1856 cuando las facciones se enfrentaron con sus respectivas milicias, en un proceso de tantos que presagiarían la Guerra Civil que comenzaría en 1861.

26

. En el texto de Thoreau, figura como “ghost horse (Spectrum)”, lo cual no se corresponde entre sí según las nomenclaturas estandarizadas hasta la actualidad. Lo más posible es que se refiera a la Huernia zebrina, que es un tipo de suculenta de flor rojiza,

grande y carnosa. Por otra parte, varios estudios aseveran que Thoreau utilizaba americanismos en la denominación de flora y fauna, y esta es otra posibilidad.

27

. To fresh woods and pastures new; hace referencia al último verso de la elegía de John Milton de 1638, “Lycidas”.

28

. La ciudad de Boston fue originariamente bautizada “Tremontaine” por las tres colinas o montes donde se fundó; el nombre actual llegó con el asentamiento puritano. Thoreau hace referencia a ese momento anterior de la ciudad y, además, le da un tratamiento femenino (since they grow on her three hills).